

MUNIBE (Antropología-Arkeologia)	nº 61	183-212	SAN SEBASTIÁN	2010	ISSN 1132-2217
----------------------------------	-------	---------	---------------	------	----------------

Recibido: 2010-07-28
Aceptado: 2010-10-28

Un hito de la memoria: el túmulo de El Morcuero (Gemuño, Ávila)

A landmark of memory: El Morcuero barrow (Gemuño, Ávila)

PALABRAS CLAVES: Monumento no megalítico, Campaniforme, Cogotas I, excavación arqueológica, Submeseta Norte.

KEY WORDS: Non-megalithic monument, Bell Beaker, Cogotas I Culture, archaeological excavation, Spanish Northern Meseta.

GAKO-HITZAK: Oroitarri ez megalitiko. Ezkila-formako. Cogotas I. Indusketa arkeologikoa. Ipar erdi goi-lautada.

Antonio BLANCO GONZÁLEZ⁽¹⁾ y J. Francisco FABIÁN GARCÍA⁽²⁾

RESUMEN

Se exponen los resultados de la excavación arqueológica efectuada en el túmulo prehistórico de El Morcuero. Se trata de un monumento no megalítico de uso diacrónico, formado con vertidos de piedras y sedimentos a través de prácticas ritualizadas, sucesivas y discontinuas. Su erección en el Calcolítico final se relaciona con el hallazgo de fragmentos diseminados de diversos recipientes campaniformes de estilo Ciempozuelos y Puntillado Geométrico. A mediados del IIº milenio cal AC se incorporaron los restos óseos cremados de una mujer, datados por radiocarbono, asociados a dos tacitas, una de ellas decorada con boquique y relacionadas con Cogotas I. Se interpreta este testimonio en el contexto de la Prehistoria Reciente, remarcando su papel simbólico y su relevancia paisajística en el valle en que se inserta.

ABSTRACT

This paper presents the outcome of the archaeological excavation on the prehistoric barrow of El Morcuero. It is a non-megalithic monument with diachronic biography. It was made up of stones and sediments through successive and discontinuous ritualized practices. Its erection in the Late Copper Age is related with the discovery of dispersed fragments of several Bell Beakers of regional styles. In the mid of the II millennium cal BC some cremated skeletal remains of a woman were deposited, dated by radiocarbon and associated with two vessels, one of them decorated with boquique technique (Cogotas I culture). This monument is interpreted in the context of the Recent Prehistory, emphasising its symbolic role and its landscape prominence in the valley in which it is placed.

LABURPENA

El Morcuero historiaurreko tumuluan egindako indusketa arkeologikoaren emaitzak azalduko dira. Tumulua erabilera diakronikoa izan duen oroitarri ez megalitiko da, erritu jarrai eta etenenetan isuritako harriz eta jalkinez egina. Azken Kalkolitikoan eraikia, Ciempozuelos eta Irudi geometriko estiloko kanpai-antzeko zenbait ontziren zati sakabanatuekin harremana du. K.a. II. Milurtekoaren erdialdean erradio-karbono bidez datatutako emakume baten hezur hondakin erreak gehitu ziren, baita bi kikara txiki, bata bokikez dekoratua eta Cogotas Iekin erlazionatzen dira. Arestiko historiaurrearen testuinguruan ulertzen da, betekizun sinbolikoa eta haraneko paisaian duen garrantzia azpimarratuz.

1.- INTRODUCCIÓN

En este artículo se presentan de forma sintética los resultados obtenidos mediante la excavación en julio de 2002 de una estructura tumular en el pago de Los Morcueros, en el término municipal de Gemuño (Ávila). Esta intervención se enmarca en un proyecto de investigación codirigido por los firmantes del trabajo y patrocinado por la Obra Social de Caja de Ávila, orientado a caracterizar diversos túmulos prehistóricos en la provincia abulense. El monumento ya ha sido dado a conocer

previamente, si bien a través de obras genéricas y de forma muy concisa (Blanco González 2004: 53, Fig. 4; Fabián 2006: 333-336; Blanco González e.p.b). En esta ocasión ofrecemos informaciones pormenorizadas obtenidas durante su proceso de excavación y las integramos con los estudios específicos desarrollados por otros especialistas, para alcanzar una propuesta de interpretación global. El monumento presentaba un estado de conservación aceptable, a pesar de encontrarse en plenas tierras de agricultura de secano. Se

⁽¹⁾Departamento de Prehistoria, Hª. Antigua y Arqueología, Facultad de Geografía e Historia, C/ Cervantes s/n, 37002-Salamanca. Correo-e: ablancoglez@usal.es

⁽²⁾Servicio Territorial de Cultura, Plaza Fuente el Sol 1, 05001-Ávila. Correo-e: jfranciscofabian@gmail.com

trata de una estructura compleja, que parece haber sido modificada a lo largo del tiempo, habiendo dejado las distintas intervenciones una huella arqueológica muy desigual. Como se detallará a continuación, gran parte de los depósitos pueden considerarse intactos desde época prehistórica. Nos centraremos en la exposición de las principales fases reconocidas, pero su estudio no está acabado, y la interpretación que ofrecemos no debe considerarse ni mucho menos cerrada ni definitiva. Nuestra contribución pretende por tanto dar a conocer una información que nos parece relevante para los contextos históricos a los que afecta. En el caso de los materiales campaniformes, este túmulo constituye un ejemplo más en

que tales recipientes comparecen, al parecer, en un ámbito funcional no funerario, pero tampoco exclusivamente ceremonial o ritual. En cuanto a los materiales de Cogotas I encontrados, su interés pudiera ser mayor, por su carácter excepcional y por afectar a una problemática carente de información con un mínimo contexto, como es el fenómeno de las reocupaciones de estructuras tumulares durante la Edad del Bronce en el interior peninsular.

2.- ÁMBITO GEOGRÁFICO

El túmulo de El Morcuero se sitúa a 800 m al oeste de Gemuño, sobre los terrenos alomados

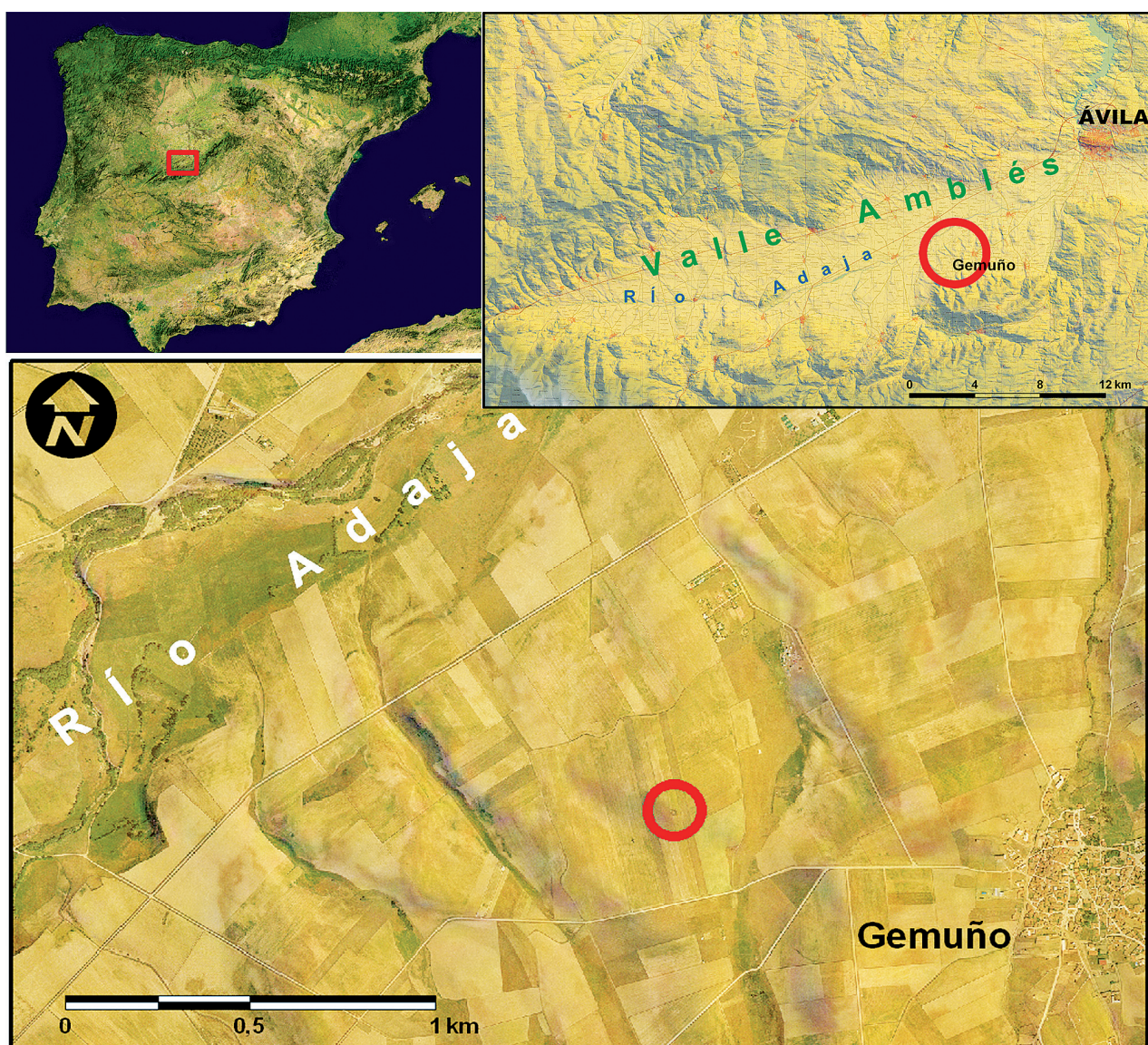


Fig. 1. Ubicación del túmulo de El Morcuero en el Valle Ambles (Ávila).

ondulantes de la margen derecha del río Adaja, en el extremo oriental del Valle Amblés (Fig. 1). El sitio queda reflejado en la Hoja 531-I (31-41) "Ávila Oeste" del Mapa Topográfico Nacional a escala 1:25.000. Sus coordenadas UTM, referidas al datum del ETRS89 son X: 348120 e Y: 4495179, siendo su altitud de 1.116 m snm. En esa zona, el río Adaja conforma un eje longitudinal que divide el valle en dos partes: la septentrional, más plana, va elevándose suavemente hasta constituir el reborde bien marcado que es la Sierra de Ávila. En el sector meridional, el ascenso hacia las estribaciones de la Sierra de la Paramera presenta resaltos más marcados, a menudo formando escalones desde los que el cauce del río se muestra como un paisaje de fondo plano. Este paisaje constituye la plataforma del Valle Amblés, cuya geología responde al colmatado de materiales sedimentarios de época terciaria, que forman la serie arcósica, fosilizada en ocasiones por aportes aluviales cuaternarios de cantos, gravas, arenas y limos arrastrados por el río.

Dentro de este dominio sedimentario, el túmulo se erigió en lo alto de uno de tales escalones, sobre una plataforma de cierta amplitud, y en su punto culminante (Fig. 2). En ese punto el sustrato se corresponde con la unidad litológica de 'Aldea del Rey', compuesta por niveles arcósicos del mioceno superior intercalados con cantos de cuarzo y rocas metamórficas, como cuarcitas y otros niveles arenosos, en cuya base las arcosas se hallan tintadas con manchas rojas y grises de carácter hidromórfico (Herrero, 1996: 93). De hecho, en la cima del pago de Los Morcueros se

observa una significativa dispersión de cantos de cuarcita y cuarzo de distintos tamaños, similares a los empleados en la erección del túmulo. Actualmente el entorno presenta aceptables posibilidades de explotación agropecuaria. Además de la plataforma de inundación del río Adaja, a 1.270 m al noroeste del túmulo y de la presencia de pequeños cursos estacionales que surcan el relieve en sentido sur-norte, son frecuentes los puntos donde mana agua, incluso en época estival, formando praderas en las que la hierba se agosta más tarde.

La elección del lugar concreto donde se emplazó el túmulo respondería a diversos motivos, entre los cuales su prominencia parece haber sido en este caso, como en otros conocidos, un factor relevante (Fig. 2). Se buscó, por tanto, hacer visible el túmulo a través de su situación sobre un relieve resaltado en el paisaje. Por si en tal elección hubiera tenido que ver alguna circunstancia relacionada con la disposición celeste, se ha llevado a cabo un estudio de 'arqueoastronomía', con resultado negativo, por lo que debe descartarse por ahora cualquier hipótesis al respecto¹.

3.- EXCAVACIÓN Y SECUENCIA DEL MONUMENTO

En el momento de descubrirse, el túmulo tenía el aspecto de un montículo artificial de tierra y piedras, de 8 m de diámetro y 1,5 m de altura. Su planta era de tendencia ovalada, que podría haber sido originariamente circular, quedando mermada en algunos puntos por efecto de los cultivos de cereal en la zona (Fig. 3).



Fig. 2. Vista panorámica del altozano donde se encuentra el túmulo de El Morcuero, previamente a su excavación.



Fig. 3. El túmulo antes de su excavación, con la Sierra de la Paramera al fondo.

¹ Estudio realizado por el Dr. Manuel Pérez Gutiérrez, profesor del Departamento de Ingeniería Cartográfica y del Terreno, en la Escuela Politécnica Superior de Ávila de la Universidad de Salamanca.

Además de la apariencia del propio túmulo - compactado con tierra, a diferencia de los actuales majanos de piedras-, su posición prominente, sobre un altozano bien visible, suscitó la sospecha de su naturaleza arqueológica. Su atribución prehistórica venía reforzada en principio por la recolección en superficie de algunos fragmentos rodados de cerámica a mano y lascas de sílex, restos dispersos pero evidentes. Por último, resultaba muy indicativa su peculiar toponimia. Según el Diccionario de la Lengua Española (RAE 1995) morcuero deriva de la voz *mercurius*, por ser el "montón de piedras erigido en honor de este dios romano", y significa "montón de cantos sueltos, o majano". De hecho, la denominación de *morcuero* o *morcuera* es usual para referirse a megalitos y túmulos prehistóricos en otras zonas de la Meseta, como en el foco burgalés (Moreno Gallo 2004). Por tanto, su propia etimología latina informa de ciertas connotaciones monumentales, implícitas también en el nombre dado por los lugareños al túmulo, conocido localmente como el "Coto de la Forma". En este sentido, coto significa "mojón que se pone para señalar la división de los términos; término, límite" (*Diccionario Enciclopédico Espasa* 1992), de forma análoga a otros conocidos ejemplos de monumentos prehistóricos cercanos, como el "Coto Alto" (La Tala, Salamanca) (López Plaza 1984; Delibes y Santonja 1986: 110-112). En definitiva, a partir de la toponimia parece quedar clara la significación de esta estructura como un elemento de secular referencia en el paisaje.

A partir de estos indicios, se planteó una excavación estratigráfica, conllevando un minucioso registro tridimensional de todos los artefactos que apareciesen, con el objeto de caracterizar tal estructura. La excavación se llevó a cabo en área abierta, empleando el sistema de registro de Harris-Barker. La estructura tumular fue cuadriculada mediante una malla de unidades de 1 m², denominadas según el habitual sistema cartesiano de números y letras. La exhumación consistió en el sucesivo levantamiento de capas de piedra y tierra, previamente dibujadas, hasta llegar a un nivel basal (UE-4), interpretado como una plataforma de preparación sobre la que se levantó el monumento. El área excavada comprende 80 m²,

registrándose un total de dieciocho unidades estratigráficas, de las cuales seis corresponden a sucesivas capas de piedras (UUEE 3, 7, 9, 12, 14 y 17) y once son sedimentos arenosos (UUEE 2, 4, 5, 6, 8, 10, 11, 13, 15, 16 y 18), de los cuales dos -las UUEE 16 y 18- no han deparado ningún material arqueológico. A continuación presentaremos de manera muy concisa y resumida la secuencia estructural de las capas de piedra y tierra, en el mismo orden en que fueron retiradas. No podemos detenernos en describir los pormenores de cada una de las unidades estratigráficas, para lo cual remitimos a la memoria preceptiva sobre la excavación². Tampoco presentaremos un diagrama estratigráfico del túmulo - igualmente incluido en el referido documento técnico- debido a que, en rigor, no pueden establecerse estrictas relaciones estratigráficas entre las sucesivas capas de piedra y tierras, con lo cual estaríamos ofreciendo una imagen equívoca de la secuencia diacrónica real del monumento.

La UE 1 consistía en el majano reciente sobre la estructura arqueológica. Los tres niveles de sedimento superiores (UUEE 2, 5 y 6) alternaban con capas de piedras y comparten una coloración oscura o grisácea (10 YR 4/3 Munsell) y una textura suelta y polvorienta, con frecuente cascajo o piedra menuda. Estas capas de arena más exteriores contenían frecuentes restos de materia orgánica, como vegetación descompuesta y raíces, y han sido afectados intensamente por cados o huras de roedores, que recorrían su interior entre las piedras. Además de resultar muy frecuente la cerámica a mano y las lascas de sílex, en esta parte del túmulo también se documenta una importante cantidad de cerámica a torno, vidriada y loza, así como algunos metales recientes. El cuarto depósito de arena (UE 8), entre las capas de piedra segunda (UE 7) y tercera (UE 9), presentaba unas características distintas. Se componía de pequeñas piedras, gravas (<5 cm) y cascajo, a modo de echadizo relativamente homogéneo, trabado con tierra de coloración rojiza, como la del entorno geológico. Presentaba muy escaso material arqueológico prehistórico, y sólo un galbo a torno, que interpretamos como filtrado entre las piedras y procedente de los niveles superiores.

² FABIÁN GARCÍA, J. F. y BLANCO GONZÁLEZ, A. (2002): *Memoria técnica de la excavación arqueológica en el túmulo de El Moruero (Gemüño, Ávila)*, documento inédito depositado en el Servicio Territorial de Cultura de Ávila.



Fig. 4. Aspecto del túmulo desde el norte, con la primera capa de piedras (UE 3) a la vista.

Todas las piedras vertidas al túmulo proceden del entorno inmediato y presentan un formato similar. Las dos primeras capas de piedras (UE 3 y 7) se componen de bloques de cuarcita y cuarzo local, cuyos tamaños oscilan entre 25 x 30 y 40 x 50 cm, siendo preponderantes los primeros (Fig. 4). Esta será la constante hasta la base del túmulo. En conjunto la estructura presenta un perfil abombado, debido al mayor volumen de piedras concentrado en el núcleo central del enchachado, mientras que el número de piedras va decreciendo hacia los extremos norte y sur (Fig. 5).

En las tres primeras capas pétreas (UUEE 3, 7 y 9) no se intuye ningún tipo de orden en la distribución de los bloques (Fig. 5). En cambio, en la cuarta planta de piedras (UE 12) se observa en el extremo norte del túmulo una alineación de unos 6 m, integrada por cantos rodados de cuarzo en dirección este-oeste, cuyos tamaños oscilan entre

35 x 40 y 50 x 40 cm (Figs. 6 y 8). Se trata de una tosca y simple alineación, sin continuidad en la quinta capa de piedras, pero que marca una clara diferencia entre lo que queda al norte y al sur de la misma (Fig. 7). Hacia el norte –es decir, en la periferia tumular- las piedras son cantos rodados y menudos de la superficie de preparación del túmulo, mientras que al sur se trata de bloques de los tamaños habituales, como los que venían integrando su coraza pétreo. Esta diferencia nos lleva a reforzar la idea de que existió algún tipo de elemento de separación. Tal vez se tratara de un anillo de refuerzo del túmulo. Como posibilidad, cabe apuntar que esta alineación podría haber tenido continuidad hacia otros sectores –especialmente cerrando la estructura por el sur-, si bien habría resultado alterada durante alguna de las transformaciones que sufrió el túmulo a lo largo de su historia. Su exclusiva localización en la cuarta capa



Fig. 5. Vista general de la segunda capa de piedras (UE-7) desde el este. Se aprecia el perfil combado de la estructura.

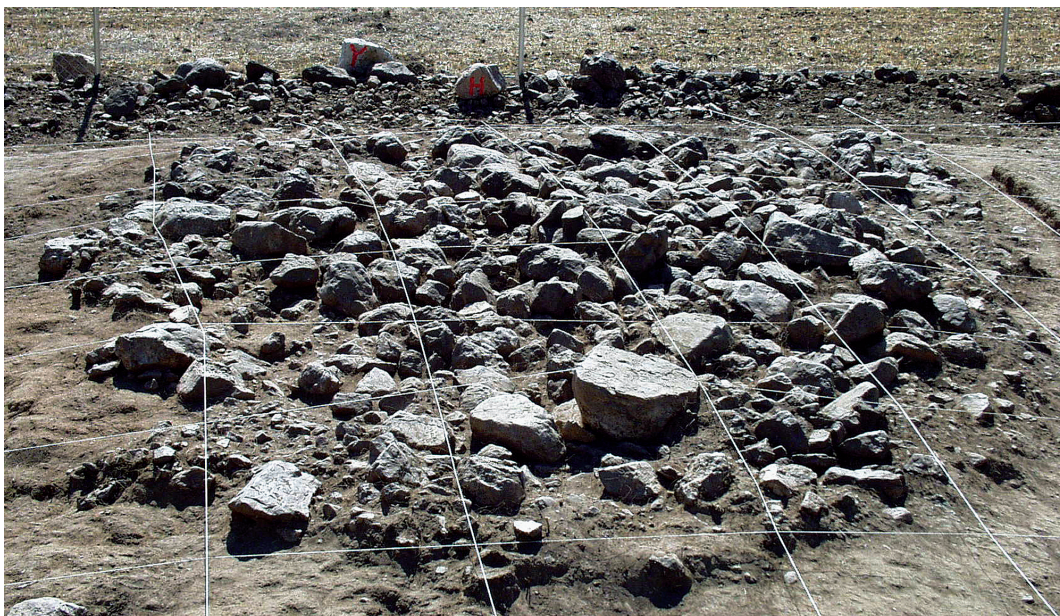


Fig. 6. Alineación de bloques en el sector septentrional de la cuarta capa de piedras (UE 12), vista desde el este.

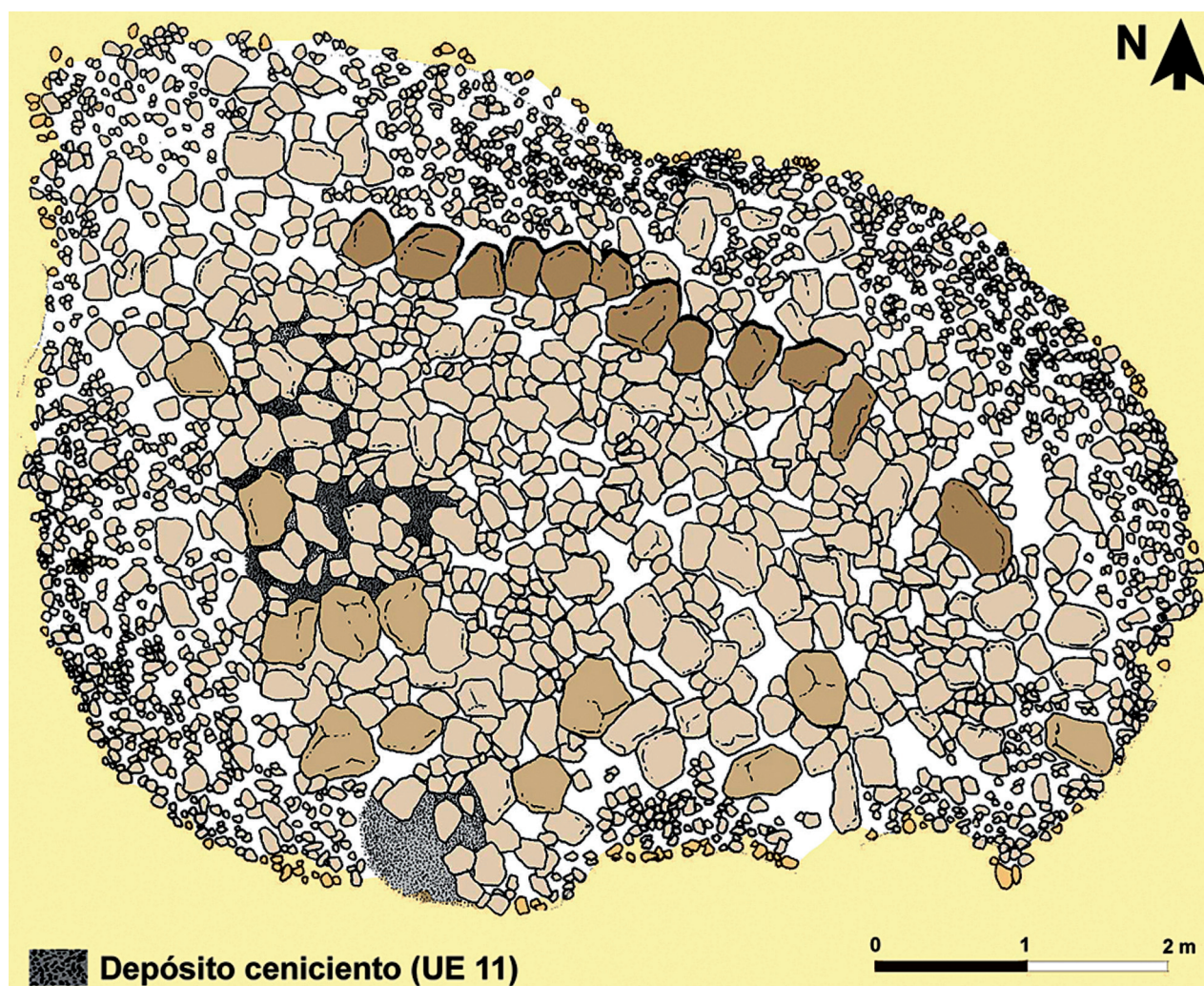


Fig. 7. Planta de la cuarta capa de piedras (UE 12). Se ha diferenciado con un color más oscuro la alineación de bloques que pudieran responder a una estructura previa desmantelada. La trama punteada señala los indicios de una probable hoguera (UE 11). Bajo las capas de bloques aparece el preparado de canto menudo (UE 16) o nivel fundacional.



Fig. 8. Detalle de la posible alineación de bloques en la parte septentrional de la cuarta planta de piedras (UE 12).

de piedras, parece un factor más para considerar la existencia de una estructura muy básica, que se vio alterada por circunstancias desconocidas y en un tiempo difícil de precisar.

Tras retirarse la tercera capa de piedras (UE 9) se documentó un llamativo contraste entre el sector suroriental del túmulo, de 38 m² y con un sedimento arenoso de tonos pardo-amarillentos (UE 10) y un manchón negruzco oscuro de 18 m² circunscrito al sector suroccidental, con abundantes carbones vegetales (UE 11) (Fig. 7). Bajo la cuarta capa de piedras (UE 12) este manchón negruzco tenía continuidad en la UE 15, y aparece como un mero retazo en la UE 18, mientras que el tipo de sedimento pardo descrito en la UE 10 continúa en profundidad como UE 13. Estas UUEE 13 y 15 constituyen los depósitos basales, que apoyan

sobre el sustrato de arcosas miocenas rojizas (UUEE 4 y 16) (Fig. 7). La UE 15 se concentra en 16 m² en el sector noroeste del túmulo, es de marcado color grisáceo ceniciento (10YR 6/3 Munsell), con muy escaso material arqueológico, todo él prehistórico, pero con abundantes restos de carbones vegetales. Por su parte, la UE 13 se extiende por 28 m² en el sector suroriental del túmulo. Es importante señalar que a partir de la altura de las UUEE 10 y 11, parece que los sedimentos han permanecido intactos desde su formación en tiempos prehistóricos. Así lo indica la ausencia de restos modernos desde la UE 8, que los cubre, en adelante. También lo confirma el estudio palinológico de la propia capa rojiza (UE 8) y del manchón ceniciento basal (UE 15), que ha ofrecido un espectro polínico lo suficientemente homogéneo como para admitir la ausencia de afecciones postdeposicionales (Fabián 2006: 335). En suma, desde la tercera planta de piedras (UE 9), y hasta la base misma del túmulo, se ha constatado la presencia de una mancha cenicienta, con frecuentes carbones de pequeño tamaño, en la zona oeste del túmulo. Este depósito, identificado con las UUEE 11, 15 y 18, lo interpretamos como los restos de una probable lumbre encendida en el extremo suroeste de la estructura. Su presencia a través de varias capas de piedras pudiera responder a dos situaciones: 1) que la hoguera fuera hecha en la segunda planta de piedras y con el tiempo las cenizas se hayan ido filtrando hasta la base del túmulo; 2) que el fuego hubiera sido prendido a mayor profundidad, retirándose previamente las piedras que constituían el encachado tumular, para ser reintegradas posteriormente. Más adelante plantearemos la hipótesis de que a este fuego pudieran asociarse los restos humanos quemados que han sido datados en el Bronce Final.

Desde la tercera planta de piedras (UE 9) la extensión del túmulo se reduce drásticamente en anchura, hasta casi desaparecer en la quinta capa pétreo (UE 14). Ésta última reposa ya sobre un nivel de arcosas (UE 16) de color anaranjado-rojizo (5 YR 4/6 Munsell). La presencia en él de grandes acumulaciones horizontales de pequeños cantos rodados –abundantes en el entorno inmediato, pero nunca dispuestos de esa forma–, nos ha movido a diferenciarlo del nivel geológico natural (UE 4), e inclina a pensar que se trata de un suelo preparado *ex profeso*. La casi ausencia de materiales arqueológicos en este estrato

denominado UE 16 –cuatro fragmentos muy rodados de cerámica, dos lasquitas de sílex y un fragmento de hoja, también en sílex– parece ratificar que se trata de un suelo fundacional. Es decir, que el monumento se erigió sobre un nivel de preparación artificial, y no directamente sobre el sustrato geológico virgen.

En resumen, las once capas de sedimento individualizadas presentan suficientes coincidencias en coloración, textura y granulometría para identificar unas con otras, agrupando y simplificando así un registro tal vez demasiado detallado, frente a la simplicidad real de su secuencia estratigráfica. Así pues, en síntesis, estamos ante tres tipos básicos de sedimentos, que permiten establecer ciertas correspondencias en cuanto a sus propiedades físicas compartidas: tierras negruzcas oscuras, pardo-amarillentas y ocre-rojizas. Las tres capas arenosas sueltas y grisáceas más superficiales (UUEE 2, 5 y 6) forman un paquete homogéneo, con un grado de alteración y remoción –especialmente por roedores– similar. En la parte inferior intacta de la estructura –desde la UE 8–, encontramos unos depósitos cenicientos oscuros más profundos (UUEE 11, 15 y 18), similares en composición y textura, que interpretamos como restos de una hoguera. Entre ellos aparecen intercaladas otras capas arenosas de propiedades muy distintas: así, se interpone un nivel rojizo extendido por todo el túmulo (UE 8) y en el sector oriental se dispusieron depósitos distintos, de coloración pardo-amarillenta (UUEE 10 y 13).

4.- MATERIALES ARQUEOLÓGICOS

Desde su diseño preliminar, la excavación se planteó el registro tridimensional exhaustivo de todo el material encontrado. Además el sedimento extraído fue cribado en seco, mediante cedazos de dos tamaños distintos de luz. Esto nos permitió recuperar numerosos materiales no reconocidos en la propia cata, fundamentalmente pequeños fragmentos cerámicos y líticos. El material hallado abarca una cronología dilatada, desde la Prehistoria Reciente y hasta tiempos subactuales. No todos los artefactos puede relacionarse con episodios de la propia trayectoria del túmulo, pues sospechamos que algunos de ellos se han incorporado al mismo de forma accidental, mezclados con la tierra que acabó formando parte del monumento. A continuación ofreceremos un estudio pormenorizado de los

hallazgos arqueológicos que ha deparado la excavación del túmulo, agrupándolos según su naturaleza. Posteriormente, presentaremos una visión panorámica sobre la distribución de tales materiales dentro del área excavada, para tratar de ofrecer algunas conclusiones sobre los procesos a los que han sido sometidos.

4.1. Cerámicas lisas

En las tres capas de tierra superiores se concentra la cerámica a torno. Hay que distinguir entre cerámica de cocina y almacenaje, loza de cubierta estannífera con pintura azul cobalto y fragmentos de recipientes vidriados de color melado. En general el aspecto de toda la cerámica torneada es reciente y aparece bastante fragmentada, sin que sea posible reconstruir partes representativas de los recipientes originales. No hay ningún fragmento que haga pensar en una época anterior a la Edad Moderna para este material. El foco más claro es el documentado en el extremo sureste de la cata, en el cuadro F9, que corresponde a un cacharro vidriado.

La cerámica a mano aparece en la gran mayoría de los casos muy fragmentada y en frecuentes ocasiones rodada. De toda la cerámica lisa prehistórica hallada, tan sólo tres fragmentos presentan un tamaño de proporciones comprendidas entre 90 x 80 mm; el resto son siempre fragmentos cuyas proporciones están en torno a 30-40 x 30 mm. Salvo los decorados -que abordaremos a continuación-, son fragmentos toscos, muy raramente con superficies cuidadas, que no permiten reconstruir ningún perfil. No hay fragmentos de recipientes de grandes dimensiones. Semejante estado de rotura debe indicar que cuando fueron incorporados al túmulo llevaban ya rodando por la zona bastante tiempo, afectados por muy distintos avatares.

Muy pocas de las piezas cerámicas son bordes. Entre los siete fragmentos de galbo que permiten intuir su forma, tres corresponden a recipientes esféricos con cuello esbozado levemente abierto; hay un pequeño cuenco semiesférico; un vasito de suave perfil en "S" sobre pasta muy fina; un vaso de pequeñas proporciones esférico, con cuello marcado vertical y un pequeño vaso esférico simple. Todos ellos son, como el conjunto, fragmentos muy pequeños, de tal manera que se incorporarían al túmulo de forma inadvertida, pro-

bablemente entre las tierras vertidas al mismo. De este conjunto de cerámicas no podemos decir otra cosa que, por su aspecto general, pueden asociarse a lo conocido para el Calcolítico en la zona, sin descartar que pudieran llegar hasta el Neolítico Final.

4.2. Cerámica decorada no campaniforme

Una mínima parte de los fragmentos cerámicos estaban decorados. A excepción de dos labios de borde, uno con incisiones y otro con unguilaciones, los restantes son fragmentos con decoración campaniforme. En cuanto a los primeros, uno no permite esbozar la forma del recipiente y el otro corresponde a un recipiente, quizá una especie de fuente, de boca amplia con borde abierto. Este tipo de cerámicas aparecen en el Valle Amblés en los momentos finales del Calcolítico ligadas a la presencia de cerámica campaniforme y ya en los yacimientos propiamente del Bronce Antiguo (Fabián 2006: 513-515). Son también frecuentes en ese momento y en la etapa siguiente los recipientes con carena, de los que han aparecido tres fragmentos en las mismas unidades estratigráficas donde proliferan los campaniformes (UUUE 5 y 6). En ese mismo nivel de la UE-6 apareció también un fondo plano, como los presentes en la zona desde el Bronce Antiguo en adelante.

4.3. Cerámicas con decoración campaniforme

Los fragmentos con decoración campaniforme parecen responder a una casuística variada atendiendo a su estado de fragmentación (Figs. 9 y 10). En primer lugar, algunos pedazos resultan ser los únicos testimonios inconexos de recipientes no depositados en el túmulo. Podrían ser meros desechos erráticos, que habrían llegado de forma accidental con la tierra, pero tampoco puede descartarse una selección e incorporación deliberada de los mismos, ante el alto valor simbólico apreciado entre la vajilla campaniforme (Garrido Pena 2000). En otras ocasiones varios fragmentos corresponden a un mismo recipiente, representando siempre menos del 25% del mismo. En este último caso, los restos parciales de un único cacharro parecen haber sido intencionalmente depositados u ocultos entre las piedras del túmulo. En tal sentido parece hablar el hecho de que la mayor cantidad de recipientes

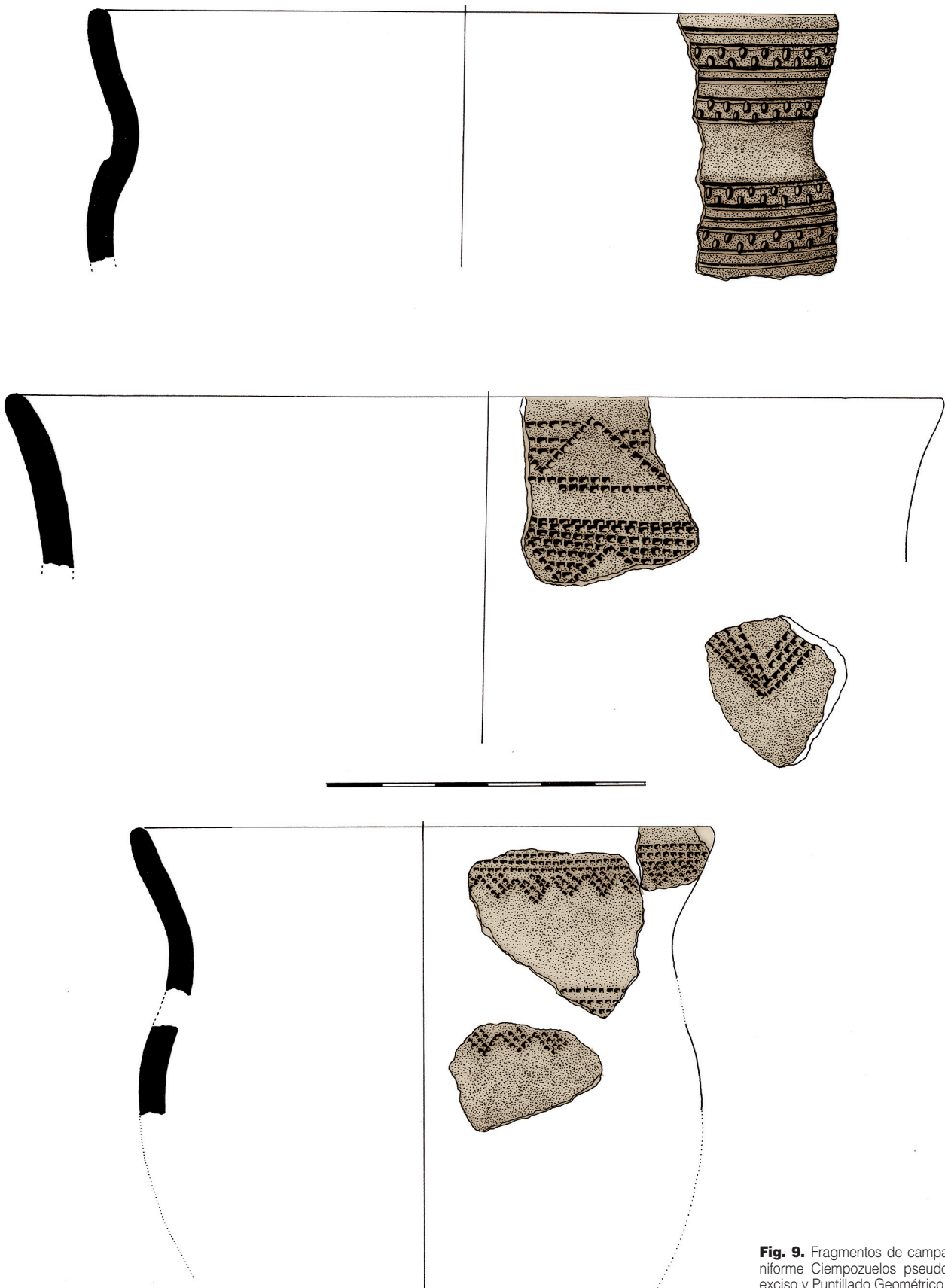


Fig. 9. Fragmentos de campaniforme Ciempozuelos pseudo-exciso y Puntillado Geométrico.

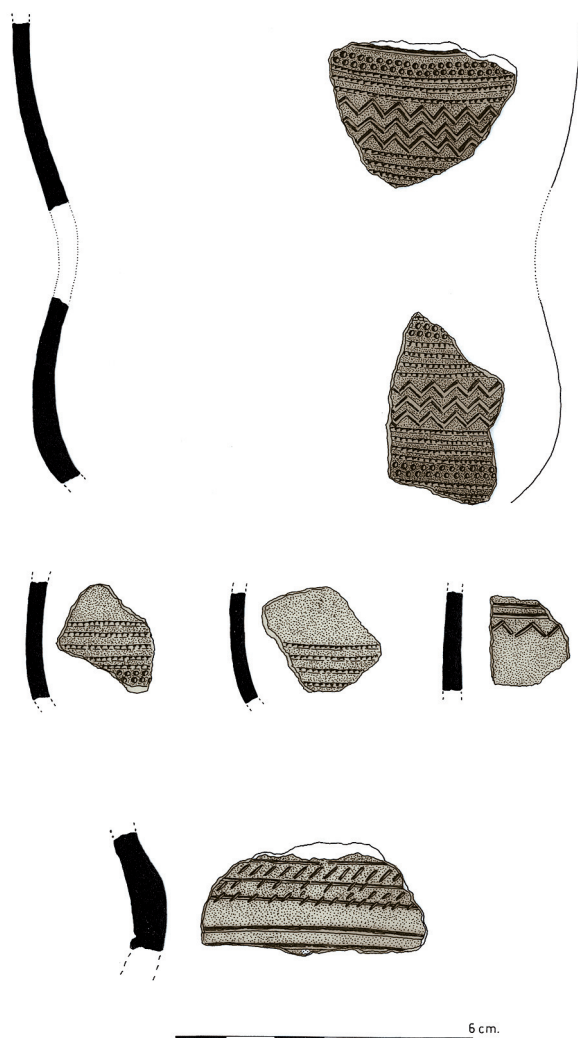


Fig. 10. Fragmentos de cerámica campaniforme Ciempozuelos.

campaniformes fragmentados, pero cuyas formas pueden reconstruirse, se constata en las UUEE 6 y 8. Es decir, que se concentran en la tierra bajo la segunda capa de piedras (UE 7) y ligados a la planta donde se apreciaba el alineamiento de piedras ya aludido (UE 12), así como en la zona inicial de la mancha oscura que hipotéticamente hemos interpretado como el testimonio de una hoguera.

El repertorio del servicio campaniforme en el túmulo parece ceñirse exclusivamente a los vasos campaniformes en sentido estricto –al menos en cuatro fragmentos con seguridad-, no habiéndose documentado ni cazuelas ni cuencos decorados. Teniendo en cuenta todos los fragmentos, en total se reconocen siete vasos campaniformes distintos. De ellos, tres están representados por un único fragmento. Los otros cuatro se componen de

varios trozos pequeños que a menudo no casan entre sí, lo que probablemente indica que llegaron al túmulo por separado, pues incluso estaban en distintas UUEE (Fig. 10). En todos los casos excepto en uno representan proporciones en torno al 15% de un recipiente. El caso mejor representado es el de un vaso Ciempozuelos pseudoexciso que podría comprender el 25-30% del mismo (Fig. 9). En cuanto a las decoraciones, se distinguen tres casos dentro del estilo impreso Puntillado Geométrico, mientras que el estilo Ciempozuelos está representado por dos casos incisos y otros dos más donde se combina la incisión y la impresión, distinguiéndose dos variantes: una de ellas para dar pseudo-excisiones (Fig. 9) y la otra combinando en un mismo vaso incisiones e impresiones de ruedecilla, consiguiendo un resultado de cuidada ejecución (Fig. 10). Debe aclararse que el uso de la expresión ‘técnica incisa’, aquí empleada para referirnos a los ejemplares de estilo Ciempozuelos, no deja de ser hipotética. En efecto, el examen minucioso de un lote relevante de tales recipientes decorados ‘incisos’, ha revelado que en ocasiones puede tratarse de impresiones de matrices sucesivas y superpuestas (Garrido 2000: 108-110; Rojo *et al.* 2006: 138-141). La ausencia de indicios claros de una ejecución impresa –como pudieran ser yuxtaposiciones derivadas de una decoración descuidada o con poca pericia-, nos lleva a describir las piezas de El Morcuero como presuntamente incisas.

La calidad de todos los recipientes con decoración campaniforme puede valorarse como buena, con al menos tres casos que superan ese calificativo. Sólo en los ejemplares en que la decoración está mejor ejecutada las pastas son más finas, depuradas y de mejor calidad. También al menos en estos recipientes las superficies fueron bruñidas. En ninguno de los ejemplares se ha reconocido la inclusión de pasta blanca. Únicamente en una de las vasijas la coloración de la pasta no ofrece tonalidades negruzcas, y por tanto parece haber experimentado cierta oxidación durante su proceso de cocción, irregularidades propias de una cochura a “a fuego abierto”, en atmósferas no controladas (Carmona 2010: 151-157).

4.4. Recipientes cerámicos del Bronce Final

Los fragmentos de dos pequeñas escudillas que podemos relacionar con un episodio de inter-



Fig. 11. Cuencos liso y con decoración de boquique respectivamente, pertenecientes al mismo episodio de mediados del IIº milenio AC.

vención sobre el túmulo en el Bronce Final, aparecieron en el centro del túmulo –en el cuadro G7, muy próximos entre sí, asociados a uno de los focos de huesos humanos cremados. Se trata de dos tacitas semiesféricas sobrepasadas de fondo aplanado que en origen portaban un asa de cinta, si bien ninguna la conserva (Figs. 11 y 12). La fractura del asa tiene aspecto de ser antigua. La taza con asa no es un tipo de recipiente común entre los repertorios conocidos de Cogotas I. Una de ellas porta una decoración exterior a base de cinco líneas paralelas y zigzagueantes trazadas con boquique sobre la mitad superior del recipiente, y presenta el labio biselado, con líneas impresas al interior del mismo. El motivo ejecutado con boquique tampoco es frecuente en la alcallería cogotense, que suele delinear trazos curvos o guirnaldas de más largo recorrido (p.e. Rodríguez Marcos 2007: 357-359, fig. 203). En cambio, en la tacita de El Morcuero encontramos un zigzag muy anguloso o quebrado, resuelto mediante trazos muy cortos. En el interior de las líneas de boquique no se aprecian restos de pasta blanca. Estas características nos

permiten relacionar sin dificultad tal ejemplar con la fase Cogotas I Pleno, que el radiocarbono está situando hacia 1400-1100 cal AC (Delibes *et al.* e.p.). La otra taza es lisa, si bien responde a unas proporciones similares a la anterior y apareció espacialmente relacionada con ella. Este recipiente, prácticamente completo, se recuperó fragmentado y disperso en un área de 1 m², en las UUEE 6 y 10, es decir entre la tierra que rellenaba las piedras de la tercera planta (UE 9) y la tierra bajo estas piedras.

Ambas tazas presentan unas fracturas frescas salvo, como se ha dicho, las correspondientes a las asas (Fig. 11). Su rotura posiblemente aconteciera o bien en el mismo momento en que el túmulo fue reconstruido, tras haber sido depositadas como ofrenda en el Bronce Final, o bien puede deberse a remociones posteriores.

Ambos son ejemplares de buena calidad, con pastas bien decantadas, cuya variedad cromática responde tanto a una cocción “a fuego abierto”, como a muy probables recocciones posteriores, es decir, por su sometimiento al fuego. Esta diver-



Fig. 12. Reconstrucción de los dos cuencos asociados al episodio de la Edad del Bronce. El primero porta decoración de boquique.

sidad de afecciones explicaría la irregularidad cromática de ambas vasijas, que en el caso de la taza decorada ofrece coloraciones pardo-anaranjadas, mientras que el ejemplar no ornamentado presenta tonalidades más grisáceas (Fig. 11). En el recipiente liso se observan fragmentos con distinta coloración pero que casan, hallados contiguos, lo cual obliga a pensar en la posibilidad de que fueran depositados ya fragmentados, exponiéndose al fuego unos más que otros (Fig. 11). No puede descartarse que hubieran sido sometidos al mismo fuego que calcinó los restos humanos y como consecuencia de ello se habrían fragmentado, quedando los restos esparcidos en un área muy reducida, o recogidos como parte del ritual para ser depositados aparte.

4.5. Hallazgos líticos

Los materiales que componen la industria lítica son fundamentalmente lascas simples de sílex (99)

y también de cristal de roca (15) y cuarcita (3), todos ellos autóctonos. Las de sílex, una buena parte con dorso cortical, se han extraído a partir de pequeños nodulitos recogidos en las inmediaciones del río Adaja, uno de los cuales se ha encontrado en la misma zona excavada (cuadro F4). Aparecieron mayoritariamente (67%) sobre la primera capa de piedras (UE-2) y en la tierra intersticial (UE-5) entre las capas de piedras primera y segunda (16%), decreciendo notablemente su presencia a partir de ese punto. Como tendremos ocasión de ver, se trata de un comportamiento similar al que reflejan los fragmentos cerámicos prehistóricos, por lo que debe atribuirse al mismo proceso de aporte. Hay, además, algunos nucleiformes (6 piezas) y un curioso y típico núcleo de laminillas hallado en la UE 5, bajo la primera capa de piedras. Se trata de un núcleo prismático sobre un fragmento de nódulo de sílex local con restos visibles de córtex, en el que la cara de levantamientos se ha situado en un extremo, usado como un único plano de percusión. Fue poco explotado, pero las extracciones se ejecutaron con éxito, excepto una que se reflejó, lo cual no parece que motivara su abandono. Hasta el momento no conocemos núcleos de este tipo en los contextos calcolíticos del Valle Amblés, por lo que tal vez pudiera relacionarse, como hipótesis, con un momento antiguo del Calcolítico o incluso del Neolítico.

Respecto a los útiles, cabe mencionar dos elementos de hoz de elaboración muy elemental y configuración expeditiva (UE-2), uno de ellos con lustre o brillo de uso. Entre la industria laminar en sílex, comparecen dos fragmentos de láminas, documentados bajo la quinta capa de piedras, e inmediatos a la base del túmulo. Uno de ellos es un fragmento proximal con sección trapezoidal, de 19 mm de ancho, roto por flexión y sin lustre de uso apreciable a simple vista. Por último, dentro del apartado del material lítico, cabe mencionar que entre las piedras del túmulo, a distintas alturas, se ha documentado la presencia de tres fragmentos de muelas de granito de vaivén, en un avanzado estado de deterioro, amortizadas en el mismo. El interés de estos indicios radica en testimoniar una serie de actividades de procesado de alimentos –molturación– en las inmediaciones del monumento, en la misma línea de conexión tumba monumental-área doméstica, cada vez mejor constatada durante la Prehistoria Reciente del interior peninsular (p.e. Bueno *et al.* 2002; Rojo *et al.* 2005).

4.6. Elementos metálicos

Entre los metales prehistóricos tan sólo hemos de mencionar dos fragmentos que podrían corresponder a un mismo predeador: la aguja de una fíbula de bronce en la UE 5, bajo la primera capa de piedras, y el arco de una posible fíbula anular hispánica (UE 6). De ser correcta esta interpretación, nos hallaríamos ante un testimonio, ciertamente ocasional, de frecuentación del monumento a finales de la Edad del Hierro.

La mayor parte de los metales son claramente contemporáneos, y parecen aportes no intencionados, que han permanecido en la capa más superficial de piedras del túmulo. Así, se encontró un fragmento de hierro; una medalla de la Virgen de Santa María la Real de Nieva (Segovia) (UE 2) y un fragmento de un objeto de bronce de aspecto reciente. A una relativa mayor profundidad, sin duda filtrada entre las piedras, apareció en la UE 2 una moneda de cobre de cinco céntimos de la 1ª República española (1870), bajo la primera capa de piedras.

4.7. Restos humanos cremados

Un capítulo fundamental entre los hallazgos, con una problemática peculiar y que sin duda suscitará la reflexión de los especialistas, lo componen los restos humanos cremados. En general, los huesos calcinados se encontraban en deficiente estado de conservación y muy fragmentados, como consecuencia de su exposición directa al fuego, si bien puede discriminarse un distinto grado de cremación parcial de los mismos. Fueron objeto de un primer análisis antropológico por B. Robledo y G. Trancho (2003) quienes identificaron, entre el esqueleto craneal, piezas de un neurocráneo o calota sin restos mandibulares asociados. Entre las partes poscraneales se han identificado huesos de diversas porciones esqueléticas (fragmentos de costillas, vértebras, clavícula, omóplato, húmero, etc.).

Los huesecillos aparecieron asociados en conjuntos, formando pequeñas agrupaciones a distintas alturas, en las UUEE 2, 6 y 10. Se encontraron espacialmente muy próximos entre sí, con diferencias de cota máximas de 10 cm y dentro de un radio de unos 2,5 m. El primer foco, el más voluminoso, se halló entre la tierra de la primera capa de piedras (UE 2), a unos 15-20 cm de la superficie, en el sector noroeste del túmulo (cua-

dro H4), con algunos escasos fragmentos dispersos también en el cuadro H3 adyacente. Esta fracción presenta una coloración homogénea blancuzca, con leves tonalidades grises. Se trataría de restos sometidos a una combustión más completa, es decir, en rigor *cremados* (Lanting y Brindley 1999 Devlin y Herrmann 2008), tal vez por su exposición directa a la fuente de calor. Según ha determinado su estudio antropológico, corresponden a partes esqueléticas de la mitad superior del cuerpo de la mujer cremada, pues se encuentran fragmentos de la calota, hioides o nuez y posiblemente brazos. Un segundo pequeño foco apareció a 80 cm de la concentración anterior, a tan sólo 5-8 cm de profundidad, en el cuadro I4, dentro de la UE 6. Este material óseo presenta una coloración negruzca y cenicienta más intensa, que, siguiendo la terminología referida, nos situaría más bien ante restos *quemados*, de más débil alteración térmica. Este conjunto óseo se superpone a los restos de la posible hoguera mencionada (UUEE 11, 15 y 18) y ubicada en ese sector noroeste del túmulo. Por último, un tercer foco, distanciado unos 170 cm de los otros dos, se reconoció en el mismo centro de la estructura (cuadro G7), dentro de la UE 10, entre los bloques de la tercera capa de piedras, en el mismo sitio e inmediatamente por debajo -a unos 10 cm de profundidad- de las dos tacitas de Cogotas I ya descritas. Los restos óseos del cuadro G7 presentan una coloración negruzca, semejante a la de los fragmentos *quemados* del cuadro I4. Anatómicamente los dos últimos pequeños conjuntos óseos pertenecerían a las extremidades inferiores de un mismo individuo.

La estrecha coincidencia espacial, en el cuadro G7, entre los cuencos de Cogotas I y, bajo ellos -casi en contacto- uno de los focos de restos esqueléticos, planteaba de inmediato la posibilidad de relacionar ambos materiales con un mismo episodio de vertido o deposición. Así pues, aclarar la cronología de los restos óseos ha constituido una prioridad a lo largo de nuestra investigación, para contrastar la hipótesis de su probable sincronía con las dos tacitas. Una primera muestra de 130 gr de cráneo (de la UE 2, cuadro H4) fue enviada en 2003 al laboratorio de radiocarbono de Beta Analytic en Miami (USA). Sin embargo, la datación de ¹⁴C AMS no dio resultados, al no presentar la muestra suficiente cantidad de colágeno como para aplicar este método. Con posterioridad, este material biológico ha sido estudiado por el equipo

de A. Esparza (Universidad de Salamanca) dentro de un programa de investigación que específicamente versa sobre el fenómeno de la muerte en la cultura de Cogotas I³, y en el cual participó uno de nosotros (ABG). Ello nos ha permitido, por una parte, disponer de un nuevo y completo estudio bioantropológico realizado por J. Velasco Vázquez, un adelanto del cual se adjunta en este mismo volumen de la revista *Munibe*. Ha sido posible, además, intentar datar de nuevo esta muestra esquelética. En esta segunda ocasión, se optó por realizar la datación radiocarbónica sobre carbonato estructural de hueso cremado en el laboratorio de Groningen (Lanting y Brindley 1999), siendo el resultado positivo. La muestra pertenece al mismo foco del primer intento (de la UE 2, cuadro H4) y su referencia de laboratorio es GrA 38129 (muestra EMG 01). Ha ofrecido como resultado la edad convencional de 3080 ± 30 BP, que corresponde al intervalo de calibración 1420-1268 cal AC a 2 sigma (Fig. 13).

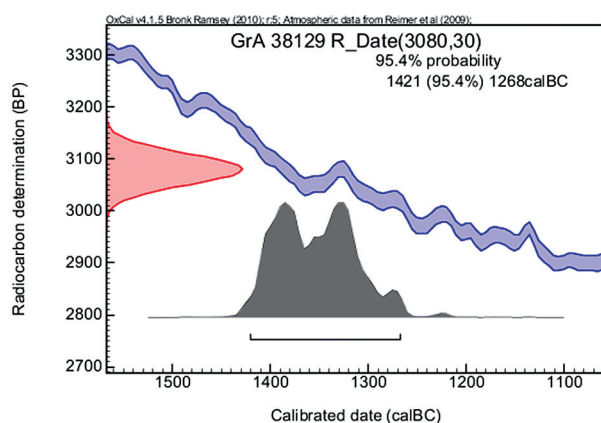


Fig. 13. Distribución de probabilidades del intervalo de calibración para la fecha ^{14}C obtenida de los restos humanos cremados de la UE 2.

Esta datación resulta coherente con el único material arqueológico con atributos estilísticos reconocido durante la excavación. Como hemos visto en el epígrafe 4.4, estamos hablando de una de las tacitas con decoración de boquique, que presuntamente remitiría a la fase Cogotas I Pleno. Esta nueva datación absoluta confirma por tanto el relativo envejecimiento de la 'plenitud' del estilo alfarero de Cogotas I, cuyo comienzo podría situarse ca. 1400 cal AC (Delibes et al. e.p.).

Sin embargo, aparte de la fechación de este insólito episodio ritual durante la Edad del Bronce, el material antropológico ofrece otros muchos aspectos de interés. Los distintos estudios antropológicos efectuados (Robledo y Trancho 2003; Velasco, en este volumen) coinciden en señalar que los fragmentos óseos recuperados corresponden a un único individuo adulto de sexo femenino, menor de 40 años, sin lesiones traumáticas aunque con indicios de haber sufrido anemia. Dichos estudios también han determinado que el cadáver fue cremado con anterioridad a encontrarse esquelizado, es decir, cuando aún conservaba tejidos blandos adheridos al hueso, y a una temperatura inferior a 650° . Así pues, se nos plantea la posibilidad de encontrarnos ante un ritual fúnebre relativamente rápido, en el que los restos cadavéricos de la mujer, aún frescos y conservando sus conexiones anatómicas, habrían sido expuestos a un fuego de llama irregular, que pudo tener lugar allí mismo o en sus inmediaciones. Semejante combustión parcial y desigual explicaría que los huesos de la mitad superior del cuerpo hubieran sufrido con mayor intensidad el fuego —es decir, aparecen *cremados*—, frente a las extremidades inferiores, tan sólo *quemadas*. Más adelante trataremos de conjugar esta información con el resto de informaciones aquí barajadas, para tratar de apuntar una interpretación arqueológica consistente.

4.8. Distribución del material arqueológico

Una vez presentados los distintos tipos de materiales arqueológicos, insistiremos ahora en su contexto de aparición. Un primer aspecto a tratar es la distribución de los mismos en el área excavada a lo largo de su secuencia vertical. Como se recoge en la tabla y el gráfico adjuntos (Figs. 14 y 15), la densidad de restos por cada unidad estratigráfica responde a un reparto muy desigual. En general, el material arqueológico es más numeroso en las capas de tierra superiores, en los primeros 30 cm de la excavación, entre las tierras grisáceas sueltas de las UUEE 2, 5 y 6. La densidad de hallazgos decrece progresivamente según se avanza en profundidad dentro de la estructura. Esta mayor abundancia de restos en las capas

³ Se trata del proyecto de investigación titulado *La sociedad de Cogotas I ante la muerte: Estudio arqueológico y bioarqueológico de los restos humanos de los yacimientos de la Submeseta Norte* (HUM 2005-00139/HIST) del Plan Nacional de I+D+i.

superficiales se refiere tanto al material prehistórico como al reciente, y más adelante ofreceremos una posible explicación de esta peculiaridad.

UE	Cer. mano	Cer. torno	Sílex	Cristal roca	Campanif	Boquique	Humano
2	176	58	66	11	6	1	*
4							
5	131	23	16		5		
6	75	1	5	1	15	7	*
8	23	1	1		2		
10	38		4			15	*
11	14		1	1	2		
13	43		3		2		
15	11		3	2			
16							
18							

Fig. 14. Relación de UUEE positivas compuestas por niveles de tierra, con el número de hallazgos (piezas/fragmentos/lascas) que contenían. Cada UE se simboliza con el color aproximado de su sedimento.

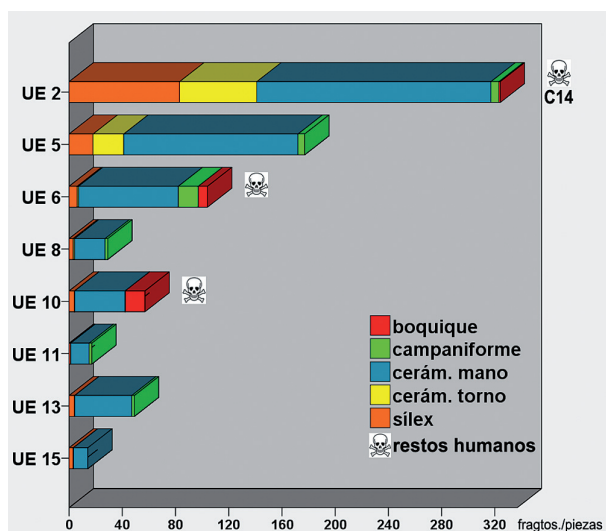


Fig. 15. Gráfico de barras con el número de hallazgos por cada UE arqueológicamente fértil.

Como complemento de la distribución de restos a lo largo de la sección del túmulo, conviene estudiar también su densidad espacial o en planta. Para ello presentaremos el recuento total de hallazgos, sin diferenciar cada una de las unidades estratigráficas, ya que, como acaba de verse, una imagen global resultará más significativa, y tan sólo cabría distinguir entre las capas superiores y el resto (Fig. 15). Esta lectura horizontal (Fig. 16) nos permite apreciar cómo los restos aparecen esparcidos por toda la planta del túmulo, aunque con algunas peculiaridades que conviene detallar. Así, la cerámica a mano comparece con mayor abundancia en la mitad norte de la estructura, y es precisamente en su zona central, dentro de un eje longitudinal oeste-este, donde se concentra con más claridad. La cerá-

mica moderna torneada obedece a un patrón distinto, no relacionado con el anterior. Su deposición parece conformar varios focos, de los cuales los más claros son uno central y otro en el extremo sureste -cuadro F9- que, como ya ha dicho (apartado 4.1), son fragmentos de un mismo recipiente vidriado.

Los restos de cerámica campaniforme se concentran en la parte sur de la estructura, mientras que los fragmentos relacionados con Cogotas I aparecieron en la zona central del túmulo, parcialmente asociados a los restos humanos cremados (Fig. 16). Por su parte, la distribución de lascas de sílex en planta presenta el interés de mostrar un patrón ajustado a un eje diagonal noroeste-sureste. La densidad de productos de talla en sílex no parece guardar relación con la presencia de núcleos de ese mismo material, salvo tal vez en los extremos noroeste y sureste de la cata. Pero si se observa más detenidamente, los restos de sílex dibujan un esquema muy similar al de la cerámica a mano, lo que nos lleva a sugerir que ambos tipos de material pudieran responder a unas mismas circunstancias de deposición.

A modo de síntesis de este epígrafe, pueden esbozarse ya algunas propuestas de interpretación sugeridas por la distribución de los materiales arqueológicos en la estructura tumular:

- 1.- Las cerámicas a torno y los metales recientes comparecen puntualmente, formando agrupaciones, y se restringen a las tres capas de sedimento más superficiales. Los fragmentos torneados sólo abundan en la primera capa de tierra (UE 2), decreciendo su número a menos de la mitad en la inmediatamente inferior (UE 5). Esta situación sería producto del uso en los últimos siglos del túmulo, como lugar de referencia para distintos tipos de actividades durante la utilización agrícola de la zona. No puede descartarse la alteración de las primeras capas de piedras incluso por remociones en busca de tesoros. En todo caso, la afección moderna del túmulo ha incidido en una potencia de unos 20-25 cm. Puede concluirse, con bastante claridad, que deben disociarse los patrones espaciales de los restos prehistóricos y modernos, ya que responden a causas muy distintas.

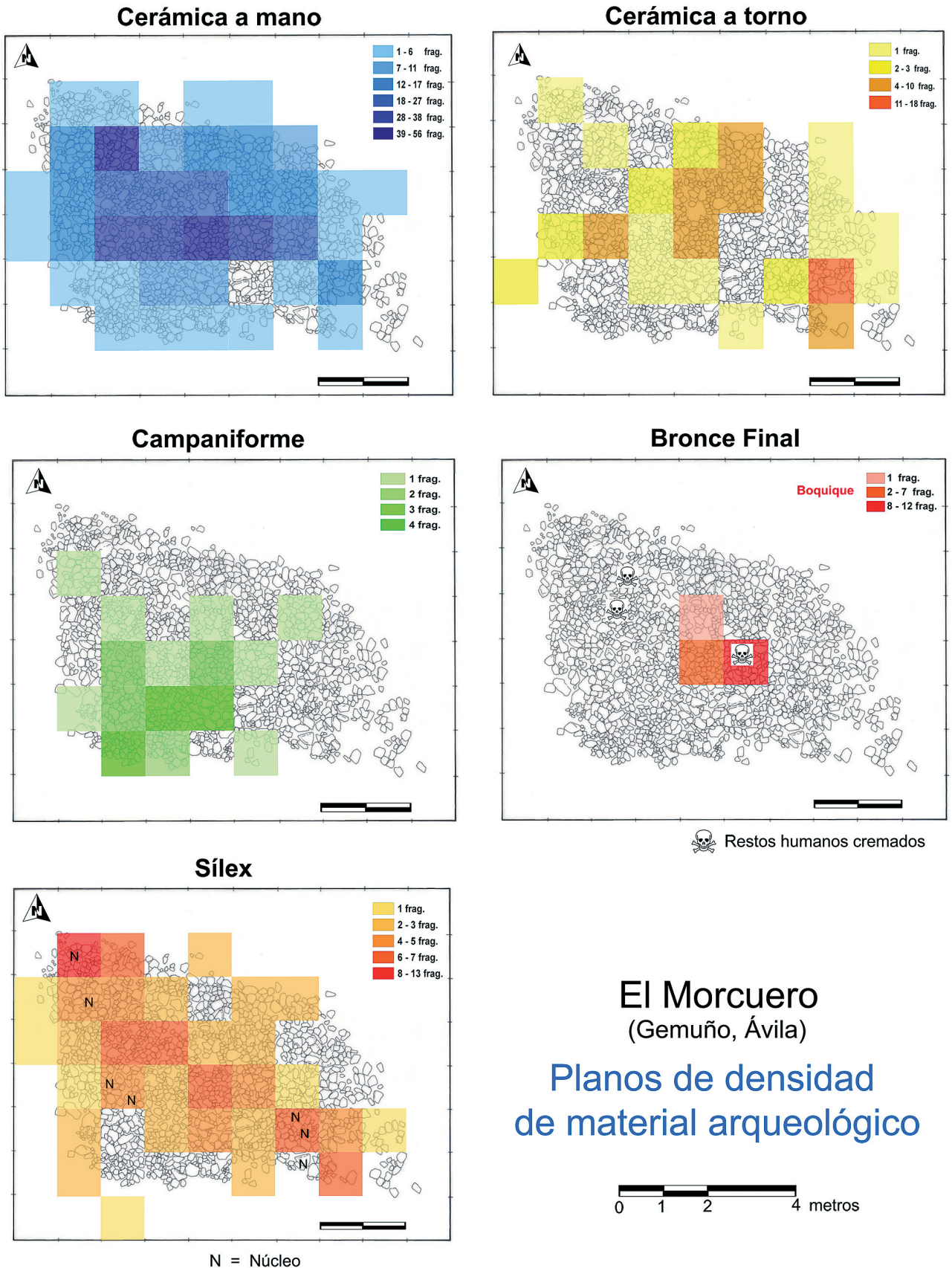


Fig. 16. Densidad de restos arqueológicos en el área excavada, agrupados por tipos de material.

El Morcuero
(Gemuño, Ávila)

**Planos de densidad
de material arqueológico**

- 2.- La cerámica prehistórica y el sílex parecen revelar unas mismas pautas de vertido, pues se distribuyen en torno a un eje diagonal que atraviesa la estructura. La mayor concentración de fragmentos cerámicos a mano y pequeñas lascas de sílex y cuarzo tiene lugar en la UE 2, en la misma en la que también se alcanza la mayor cantidad de cerámicas a torno modernas. A partir de ese punto los fragmentos cerámicos van a decrecer en las sucesivas capas, a un ritmo de entre el 1'3 y el 1'8%, excepto entre las dos últimas que es del 3'9%. Esta abundancia de material en la región superior o coraza externa, coincide con lo observado en el túmulo de Coto Alto (López Plaza 1984: 59). Entendemos esta situación como consecuencia de un recrecido intencionado de la estructura en su parte central, para dotarle del aspecto abombado que hoy apreciamos. En otras ocasiones, se ha señalado un origen natural para las capas de sedimento más superficiales que compactan las piedras de la coraza tumular (p.e. Rojo *et al.* 2005: 183). En el caso de El Morcuero el volumen de sedimento implicado y la cantidad de material recuperado en él nos llevan a proponer una génesis antrópica. La cubrición con tierra de la estructura de piedras, en época prehistórica, explicaría la presencia de ese material disperso. Se trataría por tanto de meros residuos inadvertidos, acarreados con la tierra vertida sobre el túmulo, que contenía mezcladas cerámicas y lascas de sílex procedentes de otro lugar. Respecto al material prehistórico –lasquitas de sílex, fragmentos cerámicos pequeños y a menudo rodados– en las capas interiores del túmulo, desde la UE 8 a la UE 15, su ubicación final pudiera obedecer a las filtraciones entre las piedras, y también a la intervención en el Bronce Final, que al abrir una parte del túmulo habría provocado su desplazamiento al interior.
- 3.- Los materiales arqueológicos prehistóricos comparecen por el túmulo en toda su extensión, pero con una especial incidencia en su mitad oeste y a lo largo del eje longitudinal central. Esta constatación coincide con la presencia de una presunta hoguera en la base, y la deposición inmediata a ella de las tacitas del Bronce Final y los restos esqueléticos humanos quemados.

5.- DISCUSIÓN

Una vez mostradas las características estructurales del túmulo de El Morcuero y los materiales que contenía, en el presente apartado esbozaremos algunas líneas interpretativas sobre este monumento. Partimos como base segura de que el túmulo fue utilizado al menos en dos momentos antiguos: en el Calcolítico Final y en el Bronce Tardío-Final. Pero no puede negarse categóricamente un origen anterior. La escasa significación del resto de los materiales hallados provoca cuanto menos la duda. A propósito de esto, quizá debamos reparar en la trayectoria arqueológica de algunos de los templos hoy en pie, cuyo origen remonta dos mil años atrás y de los que todos conocemos bastantes casos. La reflexión resultará útil a la hora de considerar desde el punto de vista arqueológico lugares como El Morcuero, donde las pruebas revelan monumentos de uso diacrónico, es decir no puntual, como también hay casos que citar⁴. Por tanto, lo que expondremos a continuación, no es otra cosa que una reflexión a tener en cuenta para interpretar lugares como El Morcuero, inmersos en una larga trayectoria temporal. Lo veremos a través de un ejemplo: un antiguo santuario prerromano dedicado a una deidad determinada es convertido en un nuevo edificio en época romana con la misma advocación prerromana, algo que nos consta tan sólo porque en ese tiempo usan ya la escritura para nombrar al dios en la epigrafía. Anteriormente, al no disponer de escritura y ser los restos de aquella construcción muy escasos, como consecuencia de dos mil años de edificaciones, reformas y alteraciones de todo tipo en el lugar, las pruebas del culto prerromano son exiguas o inexistentes. Por tanto, a los ojos del arqueólogo, los indicios de un origen prerromano del lugar, sin epigrafía, no existirían. La datación que diera del lugar, no se ajustaría a la realidad. En el siglo IV d.C. el pequeño templo pagano se convierte en un templo cristiano sin que el contenedor varíe sustancialmente. El ritual, como consecuencia de la nueva religión varía, entre otras cosas se prescinde del uso de aras de tipología romana. Las que había se convierten en un resto desechable, pero muy útil para la interpretación arqueológica. El culto cristiano, atravesando después tiempos políticamente difíciles, llega hasta la

⁴ Por ejemplo el de Aldeagordillo, en las inmediaciones de Ávila (Fabián García, 1992).

invasión musulmana, conociendo una decadencia e incluso un abandono arquitectónico importante. Con la conquista cristiana de la zona y la Repoblación y sin que el sitio haya perdido la memoria de lugar de culto ni su advocación cristiana, es reedificado en el siglo XI-XII desde los cimientos. Las antiguas aras romanas, alusivas a un dios prerromano, son incorporadas como elemento de construcción, si no lo habían sido ya en alguna reforma anterior, ante su falta de sentido en la advocación cristiana. El templo se convierte como consecuencia de nuevos rituales y creencias también en cementerio masivo, algo que pudo haberlo sido, pero circunstancial y elitista, en el siglo I-II d.C. durante el uso pagano mediante tumbas de incineración tipo *cuppae*. Durante quinientos años conocen introducciones de ritos cristianos, pequeñas reformas y cambios propios de las circunstancias del momento. Algunos de estos lugares en el siglo XVII-XVIII tienen importantes reformas con introducción de retablos barrocos, incluso cambio de advocaciones. Hacia mediados del siglo XIX dejan de ser cementerios, aunque las tumbas de tiempos preteritos permanecen en el subsuelo. Hoy muchos de estos se encuentran decadentes, sin uso, destinados tan sólo al turismo o a un uso particular, que ya no tiene mucho que ver con el tiempo en que conocían romerías y fiestas. En dos mil años, los avatares históricos han sido muy variados y la reconstrucción arqueológica dejaría muchos aspectos sin conocer si no hubiera tanta información escrita. Teniéndolo presente, debemos reflexionar sobre la interpretación arqueológica de casos como el de El Morcuero, al abordar la búsqueda y detección de huellas de cada fase, y todo lo que se nos está escapando con semejante información.

En definitiva, el aspecto final del túmulo que ha llegado a nosotros está configurado por el último episodio de su particular "biografía" (Last 1998), de forma que otros estadios previos pudieran haber quedado mediatizados e incluso totalmente eliminados. Es bien conocido que los monumentos han sido objeto, a lo largo de la historia, de sucesivas reformas, adiciones e intervenciones que alteraron su forma original, dejando un rastro arqueológico muy desigual. En el caso de los testimonios prehistóricos, esta constatación ha generado una interesante línea de investigación sobre el "pasado en el pasado" (p.e. Bradley 2002; Hanks 2008). En concreto, las

arquitecturas funerarias monumentales suelen servir expresamente al propósito de vincular el presente con el mundo de los antepasados (p.e. Mizoguchi 1993; Bradley 1998; Williams 2003), de manera que constituyen excelentes recursos materiales a través de los que se inculca la ideología del grupo predominante (DeMarrais *et al.* 1996). En la Península Ibérica vienen siendo desarrollados diversos enfoques que conjugan algunos de tales presupuestos para estudiar las trayectorias de reutilización de los megalitos (p.e. Beguiristán y Vélaz 1999; Delibes 2004; Lorrio y Montero 2004; García Sanjuán 2005; Mataloto 2007; Lorrio 2008: 456-459; Bettencourt 2010: 142-145). La función ideológica del túmulo como memorial y como referencia material de los antepasados puede aportar interesantes perspectivas a la interpretación de monumentos como el de El Morcuero.

Comencemos aquilatando la dimensión temporal del monumento de El Morcuero, para realizar posteriormente algunas consideraciones que se derivan de su peculiar trayectoria, muy dilatada pero discontinua. La secuencia diacrónica constatada en este lugar a lo largo de unos mil años inclina a considerar, como posibilidad, que su recorrido pudiera haber sido más largo y complejo. Es cierto que hemos de ceñirnos a las pruebas que manejamos y estas sólo contemplan la posibilidad de un origen bastante más antiguo nada más que por un fragmento de lámina aparecido debajo de la quinta capa de piedras, es decir en la base misma. No es una prueba irrefutable, pero su ubicación y tipología pudieran ser las huellas de alguna estructura anterior, reedificada tiempo después y a partir incluso de unos presupuestos ideológicos diferentes. Así pues, tras la exposición previa, defendemos una erección del túmulo que ha llegado hasta nosotros en algún momento del final del Calcolítico. Una hipótesis posible es que fuera levantado sobre una construcción preexistente –de cronología incierta– ya arruinada o demolida, para hacer algo nuevo. La alineación de bloques de mayor tamaño en la cuarta capa de cantos (UE-12), que parece corresponderse con piedras similares en el lado opuesto, pero en desorden, podría indicar una estructura muy sencilla y tosca (Fig. 7). Por tanto, no podemos descartar que la presencia de material campaniforme en El Morcuero se deba a una "intrusión" o segunda fase de uso de un monumento previo, tal y como ocurrió en el cercano

túmulo neolítico de la Dehesa de Río Fortes (Estremera y Fabián 2002) o en el sepulcro de corredor del Prado de las Cruces (Fabián 1997). En cualquier caso, parece claro que tal arquitectura resultaría coherente con cuanto sabemos sobre el paisaje propio de finales del Calcolítico, cuando en esta región se erigieron una serie de túmulos de pequeño formato, sobre localizaciones destacadas en el paisaje (Fabián 1992; Estremera y Fabián 2002; Fabián 2006). Así, es bien conocido que las últimas gentes de la Edad del Cobre en el interior peninsular emplearon los ajuares campaniformes en diversas prácticas rituales y funerarias, comprendiendo a menudo la construcción de estructuras tumulares. Algunos de estos monumentos no megalíticos con material campaniforme, formados por capas de piedra y tierra similares a las de El Morcuero, serían los túmulos burgaleses de Tablada de Rudrón (Campillo 1985) y del Paso de la Loba (Rojo 1989); el nutrido conjunto tumular soriano del Valle de Ambrona (Rojo *et al.* 2004: 9-12; Rojo *et al.* 2005: 229 y 243), del que se ha excavado el de Valdepernales (Rojo *et al.* 2005: 229); el madrileño de las Vegas de Samburiel, en El Bolao (Jiménez Guijarro y Kermovant 2008); el gallego del Alto de San Cosme (Parceros 1998) o los salmantinos de Pedraza de Alba y Coto Alto (Delibes y Santonja 1986: 110-112; López Plaza 1984; Garrido 2000: 51). En el mismo entorno abulense destacan los trece túmulos de Aldeagordillo (Fabián 1992, 2006: 319-330) y las dos estructuras de Los Tiesos (Mediana de Voltoya) (Blanco González 2004: 53 y 60, fig. 3). Parece que casos como estos testimonian la construcción de túmulos en los cuales se incluyeron restos de campaniformes Ciempozuelos y Puntillado Geométrico, mientras que la variedad marítima -considerada más antigua-, participó en un primer momento en la reutilización de monumentos tumulares de fundación neolítica (Garrido 2000: 57), como los documentados en los valles del Tormes (Delibes y Santonja 1986; Benet *et al.* 1997) o de Ambrona (Rojo *et al.* 2005: 155-158).

La naturaleza de las actividades desempeñadas por los usuarios del campaniforme en nuestra estación dista sin embargo de estar clara. Si bien en algunos casos, como en el Túmulo 1 de Aldeagordillo, el material responde al ajuar que acompaña a verdaderas inhumaciones (Fabián 1992, 2006: 321-327), en otros asistimos a la deposición secundaria de restos humanos des-

membrados, como en el túmulo 2 de Aldeagordillo (Fabián 2006: 327-328) y en la fosa con ajuar campaniforme completo de Valdeprados (Gomez y Sanz, 1994; Fabián 2006: 353-364), o su presencia sólo llega a ser intuida de forma hipotética, como en el monumento tumular inédito de Los Tiesos I (Mediana de Voltoya, Ávila). La excavación de esta estructura no megalítica en 2001, dirigida por nosotros, deparó un conjunto de material campaniforme Ciempozuelos y Puntillado Geométrico, en un depósito basal con alto contenido en materia orgánica. El análisis químico de este sedimento, realizado por V. Manuel Valdés, reveló que contenía una apreciable cantidad de fosfatos, que pudiera interpretarse por la descomposición de materia orgánica -¿cadáveres?-. Sin embargo, a la vista de los ejemplos aludidos, la ausencia de restos humanos asociados a túmulos con campaniforme parece ya una pauta reiterada. Cabría pensar, por tanto, que tales deposiciones participarían en ceremonias muy complejas, donde sólo serían un elemento más, no el central. Así pues, el campaniforme en la Meseta parece haber funcionado dentro de prácticas ritualizadas muy estereotipadas -reutilización dolménica, deposición en fosa con o sin restos humanos, bajo túmulo, etc-, pero que atienden a una amplia variabilidad local y emplean multitud de fórmulas particulares (Fabián 1995; Garrido Pena 2000).

En nuestro caso, el amontonamiento de piedras pudo ser erigido durante celebraciones en las que se utilizaron y rompieron -o se habían roto recientemente- al menos cuatro vasos campaniformes, de los que sólo se incluyeron dentro del túmulo algunas porciones selectas. La tipología de los fragmentos campaniformes no permite una lectura cronológica para situar el momento en que se construyó el túmulo. Sin embargo en los monumentos del suroeste de la Submeseta Norte parece haber cierta asociación recurrente del campaniforme de estilo Puntillado Geométrico combinado con el Ciempozuelos (p.e. Delibes y Santonja 1986: 206-209; Garrido Pena 2000; Estremera y Fabián 2002; Fabián 2006). Pero además, hemos reconocido otros testimonios de cultura material que difícilmente pueden interpretarse como ajuar o como elementos votivos. Parece más bien que nos encontramos ante simples despojos domésticos, que repiten una situación conocida para otros casos similares, como por ejemplo, los frecuentes hallazgos de molinos

barquiformes en túmulos (p.e. Morán 1935: 10, lám. IIA; López Plaza 1984: 66). Así, en el lugar parecen haberse llevado a cabo actividades de talla de sílex, molturación de alimentos y otras prácticas de suficiente entidad como para dejar huella arqueológica. No se han encontrado huesos de fauna, algo que puede atribuirse a su inexistencia o a su descomposición. Tal vez haya que ver en el estado fragmentario de la cerámica a mano un cierto trasiego, derivado de una intensa actividad.

A tenor de estas observaciones, debe recordarse cómo la erección de monumentos tumulares a menudo depara restos de actividades utilitarias cotidianas, hasta el punto de que se considera que los monumentos son buena prueba de la presencia misma de hábitat (p.e. Bueno *et al.* 2002; Bueno *et al.* 2005). Tal pauta, bien conocida, ha permitido plantear el carácter ambiguo de tales yacimientos, sacro y prosaico, ritual y a la vez doméstico (Criado *et al.* 2000). Esta racionalidad sería extensible a otras muchas manifestaciones de la Prehistoria reciente europea, donde lo rutinario y lo extraordinario, lo simbólico y lo práctico convivieron y se entretrajeron en un registro arqueológico caracterizado por su ubicua ritualización (Bradley 2005: 33-35). No debe perderse de vista que la construcción de túmulos tendría consecuencias prácticas de mucho mayor impacto que la conmemoración de los finados o los ancestros. Es decir, que sería una labor realizada por los vivos y en beneficio de los vivos, aunque con ello también se honrara a los muertos. Como acertadamente ha señalado Goldhahn (2008: 59-60) al tiempo que el monumento se materializa en el paisaje, el propio paisaje queda impregnado de carácter monumental, al invertirse trabajo en su adecuación y limpieza para erigir el encachado tumular. Es decir, que el túmulo no deja de ser un majano, y mediante su construcción, el paisaje en su derredor quedó limpio de bloques y cantos de cuarcita y cuarzo, lo que dejaría tales suelos mejor saneados y listos para usos agropastoriles o de residencia. Por eso los indicios de actividades diversas coetáneas a los monumentos son tan habituales en los propios túmulos y en sus alrededores.

Como hemos tenido ocasión de ver, la distribución de cerámica prehistórica y sílex sigue patrones espaciales muy próximos (Fig. 16), y ambas dispersiones coinciden precisamente con

el eje longitudinal este-oeste, en que la estructura alcanza mayor porte. Así pues, su presencia podría ser consecuencia indirecta del empleo de tierra del entorno para realizar la estructura, regularizarla y, en definitiva, hacerla más visible en el paisaje. Esta cubrición con tierra de la estructura de piedras pudo suceder a propósito de la cremación que tuvo lugar en el Bronce Final, ya que de haber sido anterior a ella, la apertura parcial del túmulo –que conllevaría el desmonte de entre dos y tres capas de piedras–, hubiera arrastrado masivamente los restos hasta esa profundidad. Nos preguntamos si tales restos cerámicos y de talla, muy probablemente asociados al entorno próximo al túmulo, proceden de una ocupación prolongada y “en toda regla”, o si se trata de los testimonios de actividades esporádicas, de celebraciones efímeras en el lugar. Para decantarnos por alguna de ambas posibilidades contamos con algunos detalles conocidos, que tal vez puedan ayudarnos. Así, el monumento se emplaza en un lugar de relevancia paisajística, pero donde no se conocen asentamientos correspondientes al Calcolítico. En efecto, hemos caracterizado su localización como la parte más elevada de una loma, que forma una plataforma paralela al curso del río Adaja, dominando con amplitud la parte de valle que tiene al norte, este y oeste (Figs. 1 y 2). El lugar elegido está relativamente cercano al río y tiene suficiente prominencia en el paisaje, pero el poblamiento de esta época se concentra en la misma vega del río o en el reborde orientado al sur del valle (Fabián 2006: 379-386, fig. 189; Blanco González 2008: 111-112, fig. 7). Por tanto, a partir de los datos hoy día disponibles, es más probable que el entorno del que procediera el sedimento empleado en la construcción del túmulo careciera de una presencia humana permanente. Se trataría, por contra, de un territorio al que se acudiría de forma esporádica, por motivaciones diversas, entre las cuales parece haber estado el apacentamiento ganadero. La presencia de cauces de agua estacionales y prados con buenos pastos, pudieron haber favorecido una explotación más decididamente orientada hacia el pastoreo que entre los asentamientos calcolíticos habituales, donde se combinan suelos aptos para cultivos, con terrenos de vocación pastoril. Este detalle lo ha confirmado el estudio arqueopalínológico de López Sáez (2006: 335-336) sobre muestras de las UUEE 8 y 15 de El Morcuero, ambas con resultados homogéneos.

En su estudio, López Sáez detecta en el entorno del túmulo zonas de pastizal en las que se mueve el ganado, y donde no hay campos de cereal cercanos. Esto confirmaría la ausencia física de hábitats calcolíticos donde se ubica el túmulo, y cierto carácter de territorio liminar, quizá compartido entre varias comunidades agrarias.

Apenas intuimos algunas características del ritual al que obedeció la construcción del monumento. La función funeraria en su origen parece descartada, ya que no hay ninguna prueba a favor de ello. La excavación ha permitido documentar la presencia de restos dispersos de cerámica campaniforme en el interior de la estructura, si bien en ninguno de los casos podemos hablar de hallazgos en posición primaria. Entre los fragmentos documentados distinguimos aquellos pequeños trozos individuales que pueden haber ido incluidos en la tierra, y otros que perteneciendo a un mismo recipiente, han aparecido en distintas UUEE. Esto sucede sobre todo con tres de los recipientes y probablemente también con un cuarto. Es posible que estos fragmentos correspondan a un momento inmediato o coetáneo a la construcción del túmulo, y se arrojaron de forma intencional a su interior. Un comportamiento así no resulta nuevo en la región, y tal vez tenga que ver con ceremonias en las que tales recipientes tuvieron un determinado protagonismo. Recuérdese el caso, muy próximo a El Morcuero, del enterramiento campaniforme de Valdeprados (Aldea del Rey Niño, Ávila). Allí se encontraron dos recipientes lisos y otro campaniforme, junto a tres puntas Palmela, un puñal de lengüeta y una chapita de oro perforada, en el fondo de una fosa abierta en un pequeño altozano. Sobre dicho depósito había un paquete de huesos humanos, y diversos fragmentos con decoración campaniforme que no componían recipientes completos, arrojados a la fosa de forma deliberada (Gómez y Sanz 1994; Fabián 2006: 353-360). En definitiva, alcanzamos ya a intuir la importancia que parecen haber jugado ciertos gestos rituales, vinculados a la fragmentación de los ajueres y su deposición selectiva (Chapman 2000; Chapman y Gaydarska 2007). Es algo que ya propuso Morán (1935: 27) al hablar de “una copa inutilizada, sacrificada o rota en honor del muerto cuando tuvieran lugar las ceremonias o cultos funerarios”. Por otro lado, una vez denunciada la falsa dicotomía entre una esfera ritual centrada en los monumentos y las tumbas (Bradley 2005) y un mero

orden práctico o prosaico propio del ámbito doméstico, resulta adecuado pensar en los fragmentos campaniformes en contextos tan ambiguos como el que tratamos, como indicios de ceremonias ubicuas, con independencia de su contexto (Rojo *et al.* 2008). El campaniforme y las prácticas ceremoniales que conllevó estuvieron muy repartidas a lo largo del paisaje social de la segunda mitad del III milenio AC en el abulense Valle Amblés (Fabián 2006). Cada contexto sería sede de unas acciones determinadas, que en gran parte de las ocasiones conllevaban la fragmentación y deposición selectiva de dicha cerámica, tan cargada de significado.

El segundo gran estadio en la trayectoria del túmulo hemos podido situarlo hacia mediados del II milenio AC. La datación radiocarbónica de los restos humanos cremados y recuperados entre las piedras, nos informa de que hacia 1420-1268 cal AC tuvo lugar allí una ceremonia peculiar, que implicó un tipo de ritual mal documentado, aunque no sin precedentes, tanto a nivel peninsular como concretamente en esta región. No es extraño encontrar nuevas erecciones de túmulos en fechas tan avanzadas de la Edad del Bronce, por ejemplo en el norte de Portugal (Bettencourt 2010: 145-147). Sin embargo, lo más frecuente es la afección sobre arquitecturas preexistentes. En efecto, como ha señalado recientemente A. Lorrio (2008: 457): “Durante el Bronce Final la reutilización de antiguos sepulcros dolménicos está perfectamente registrada en diferentes territorios de la Península Ibérica, aunque seguramente no de una forma tan evidente y con tanta intensidad como en el Sureste”. Junto al grupo cultural de Qurénima, sistematizado por Lorrio, otro foco de gran dinamismo en la intervención sobre sepulcros tumulares por estas fechas es el valle del Duero y zonas adyacentes. En efecto, es bien conocida la frecuente aparición de restos cerámicos de Cogotas I en monumentos del IV y III milenios AC, como peculiaridad propia de este sector de la Submeseta Norte (Esparza 1990: 114-116; Delibes 2004). La gran mayoría conllevan el empleo de recipientes de la fase Cogotas I Pleno, siendo muy usual hallar ornatos de boquique, mientras que los testimonios de Protocogotas parecen en cambio ser más minoritarios. Así, debemos recordar la presencia esporádica de cerámica con boquique en sepulcros megalíticos como el alavés de la Chabola de la Hechicera (Apellániz y Fernández Medrano 1978: 210-211).

Pero, sobre todo, donde tal fenómeno adquiere visos de ser un comportamiento regular, es en el oeste de la cuenca del Duero (Morán 1931, 1935; Delibes 1978: 238-239, fig. 9; Esparza 1990: 114-116). En la amplia franja occidental de la Submeseta Norte se constata la presencia de cerámicas con boquique en los sepulcros megalíticos zamoranos de Casal del Gato (Almeida de Sayago) (Morán 1935: 21-25, lám IV C y V A); en Granucillo de Vidriales, los sepulcros San Adrián (Morán 1935: 28-30, lám. VIB y VIIA); La Vega (Morán 1935: 31-32, lám. VIIB) y Las Peñezuelas (Morán 1935: 32-35, lám. VIIC) y la Piedra Hincada (Brime de Urz) (Morán 1935: 26-27, lám. VB y VIA). En la provincia de Salamanca contamos con los ejemplos de Santa Teresa I (Robliza de Cojos) (Morán 1935: 10, lám. IIC; Delibes y Santonja 1986: 98); El Turrión o La Veguilla I (Alba de Tormes) (Delibes y Santonja 1986: 24) y Coto Alto (La Tala) (López Plaza 1984: 64, figs. 7-10; Delibes y Santonja 1986: 112). En Ávila hemos de mencionar el sepulcro de corredor del Prado de las Cruces (Fabián 1997: 62-64). Por su parte, los temas Protocogotas, que hacen referencia a una etapa más antigua, están documentados en el probable túmulo salmantino de La Tala (Delibes y Santonja 1986: 112); en el dolmen de San Adrián (Morán 1935: 35; Delibes 1978: 239, fig. 9, nº 6) y en La Ermita (Galisancho, Salamanca) (Delibes 2004: 217, fig. 2).

A pesar de la amplia nómina de testimonios de monumentos tumulares que deparan vasijas de Cogotas I, nuestro desconocimiento sobre tal fenómeno es abrumador. En gran medida, ello se debe a que la información disponible procede mayoritariamente de trabajos antiguos, carentes, por tanto, de la calidad hoy día requerida. Apenas sabemos nada sobre el papel desempeñado por los recipientes cerámicos, sobre su asociación a otros materiales coetáneos –por ejemplo, no decorados, ni respecto a su ubicación precisa dentro de tales arquitecturas (p.e. Delibes 2004). Así pues, el testimonio abulense aquí presentado, viene a arrojar algo de luz en un terreno plagado de incertidumbres. Desafortunadamente, el túmulo de El Morcuero presenta una formación compleja, cuya trayectoria debe leerse con prudencia, ante la dificultad que entraña la identificación de auténticas relaciones estratigráficas entre los depósitos que lo componen. Por tanto, con las pruebas expuestas, nuestra reconstrucción de los hechos sólo pretende ser una aproximación tentativa. Algunas obser-

vaciones parecen bien contrastadas, pero la secuencia de gestos seguida dista de estar suficientemente clara, y varias hipótesis distintas podrían explicar el resultado arqueológico documentado. Respecto al episodio desarrollado en la Edad del Bronce, puede aceptarse con seguridad: 1) que una única mujer joven fue cremada en la propia estructura tumular o en sus inmediaciones, quedando los restos conservados a distintas alturas del túmulo; 2) que la coraza pétreo fue parcialmente desmontada, abriéndose un hueco en su sector occidental; 3) que fueron depositadas dos tacitas, ya sin asas, una de ellas decorada con boquique y 4) que esta intervención a mediados del II milenio AC alteró profundamente el monumento, desfigurando su aspecto previo, de la segunda mitad del III milenio AC.

Una hipótesis plausible, sería identificar los restos de una posible hoguera en el sector oeste del túmulo (UUEE 11, 15 y 18) con la pira donde efectivamente se perpetró el rito crematorio (Fig. 7). Sin embargo, no tenemos argumentos irrefutables para defender tal posibilidad. En este supuesto, la incineración habría tenido lugar sobre la tercera capa de piedras, tras abrirse un boquete en el encachado tumular. Una vez consumada la combustión, se habrían seleccionado y recogido buena parte de los restos óseos de la hoguera. El hecho de que se hayan encontrado en el mismo lugar donde se realizó el fuego, pero dos capas de piedras por encima, podría indicar que en dicho transcurso, los bloques –separados y amontonados–, cayeron sobre la hoguera, cubriéndola, por lo que los huesos se depositaron finalmente sobre ellas. También pudo mediar una separación premeditada, empleando piedras del túmulo. Paralelamente, otro pequeño lote de huesos –correspondiente a las extremidades inferiores–, junto con las dos tacitas, fueron depositadas entre las piedras de la zona central del túmulo, apareciendo en la misma UE-6 donde se había producido la cremación. En nuestro caso, los recipientes pudieran haberse depositado completos, frente al estado parcial y fragmentario que ofrecen las cerámicas de Cogotas I en muchas otras ocasiones (p.e. Morán 1935: 32; Fabián 1997). Tras ello se habría reconstruido el túmulo, cubriéndolo finalmente con una capa de tierra recogida de las inmediaciones, que incluiría restos materiales deteriorados, de actividades muy anteriores.

La interpretación que acaba de esbozarse presenta sin embargo algunos puntos débiles. Así, ante la ausencia de datación directa, el paquete sedimentario ceniciento de las UUEE 11, 15 y 18 también pudiera responder a un fuego fundacional, coetáneo a la erección del túmulo y a la deposición de vasos campaniformes. En segundo lugar, durante la excavación de tales sedimentos no se encontró ningún otro resto óseo calcinado, a pesar de haber sido cribados exhaustivamente. En tercer lugar, no podemos descartar la existencia de un *ustrinum* en las inmediaciones del monumento, pues no hemos practicado prospecciones dirigidas a reconocerlo⁵. Tampoco está claro si los restos humanos han sido seleccionados y trasladados desde la pira –dondequiera que estuviera–, o si simplemente han permanecido *in situ* tras exponerse al fuego. La presencia de gran parte de ellos en niveles superficiales del túmulo (UUEE 2 y 6) y sobre todo, su estricta ordenación anatómica, pudieran indicar que los despojos cinerarios permanecieron en su situación primaria. En caso contrario, habría que pensar en una eliminación total y sistemática de restos humanos de la pira, seguida de una selección de algunos de ellos, que serían colocados según rigurosos criterios anatómicos. La propia coloración oscura del paquete de tierra más superficial (UUEE 2, 5 y 6) pudiera relacionarse también con un fuego prendido sobre la coraza de piedras. En todo caso, la identificación de tal *ustrinum* no es una tarea sencilla. Como se señala en el estudio bioantropológico adjunto (Velasco, en este volumen), una pira sobre la coraza tumular no tendría que haber dejado indicios evidentes de termoalteración, pues los ejemplos etnográficos y experimentales advierten de la facilidad con que pueden desaparecer. Además, la dispersión de restos óseos constatada pudiera responder perfectamente al propio proceso de combustión. En este supuesto, al menos algunos fragmentos selectos de las extremidades inferiores de la mujer habrían sido recogidos en el interior de las tacitas y, por consiguiente, se habrían recuperado a una profundidad mayor (UE 10) que la superficie de ignición (UUEE 2 y 6), donde presuntamente yacerían aún el resto de porciones quemadas.

Por último, podemos efectuar una valoración breve sobre lo que puede suponer el testimonio de El Morcuero para la comprensión de la esfera ritual de Cogotas I. Hasta ahora, la deposición de vasijas de Cogotas I en los monumentos tumulares, como fenómeno extendido por el occidente de la cuenca del Duero, venía siendo relacionado con reutilizaciones o “intrusiones” funerarias en las viejas tumbas neolíticas. Esta perduración del uso de los megalitos entre las sociedades agrarias “post-megalíticas” viene siendo remarcada tanto en el occidente europeo (p.e. Bradley 2002: 124-148), como en el ámbito peninsular (p.e. García Sanjuán 2005; Rojo *et al.* 2005). Tales deposiciones han llevado incluso a proponer la perduración secular de su significado, como lugares sacros (Delibes y Fernández Manzano 2000: 112; Delibes 2004: 219-228). Pero ¿qué actividades desarrollaron las gentes de Cogotas I en los viejos sepulcros neolíticos y calcolíticos?, ¿se trató de prácticas votivas, funerarias, festivas...? Al respecto, ya hemos mencionado que la lectura de los datos antiguos apenas revela aspectos sobre el contexto en que aparecieron los recipientes de Cogotas I en los monumentos tumulares. Siempre pueden encontrarse noticias que pueden emplearse como presunto refuerzo de la hipotética práctica de cremaciones de restos humanos en dólmenes. Así, algún pasaje de los escritos de Morán (1935: 30) hace referencia al hallazgo de “abundantes carbones y tierra quemada”. Sin embargo, tales informaciones no sirven ni para confirmar ni para desmentir nada. Por ello, el parangón más estrecho y geográficamente más cercano de cuanto hemos visto en El Morcuero, sigue siendo el sepulcro de corredor abulense del Prado de las Cruces (Bernúy-Salineró). Ambas estaciones permiten enfocar la caracterización de esta problemática con unas mínimas bases científicas. Allí, en el sector suroeste del túmulo que rodeaba la cámara megalítica, formada por ortostatos, la excavación de 1987 permitió documentar la concentración de restos de al menos dos recipientes con decoración de boquique de estilo Cogotas I (Fabián 1997: 65, Fig. 36 y 37), y restos óseos humanos calcinados, correspondientes a un número mínimo de cuatro individuos, dos adultos y dos subadultos, que fueron expuestos al fuego cuando

⁵ En la campaña de 2002 tuvimos ocasión de excavar una serie de sondeos en el entorno al sur del túmulo, buscando localizar evidencias asociadas al mismo. Los resultados fueron sin embargo infructuosos.

aún conservaban tejido muscular (Prada 1997: 130). El tratamiento homogéneo *post mortem* de los cadáveres de los cuatro individuos, y su aparente relación espacial con fragmentos de dos vasijas decoradas con estilo Cogotas I, nos llevaron a uno de nosotros (FFG) a interpretar que restos humanos y cerámicos pudieron depositarse en la cámara dolménica durante el Bronce Final, siendo posteriormente extraídos y vertidos sobre el túmulo, fruto de una violación o una limpieza cameral.

Delibes (2004) ha planteado una interpretación no funeraria para los conocidos conjuntos de materiales del estilo Cogotas I presentes en sepulcros colectivos del occidente de la cuenca del Duero. Utilizando el caso del Prado de las Cruces, discrepaba con su excavador sobre la asociación de los restos humanos cremados con el episodio de la Edad del Bronce. Para ello alegaba la no estricta coincidencia entre cerámicas de estilo Cogotas I y restos cinerarios; la presencia de cuentas de collar de moscovita entre los mismos, propias de los ajuares megalíticos y “lo insólito del recurso a prácticas auténticamente incineradoras en el seno de las comunidades del Bronce en la Meseta” (Delibes 2004: 221). Sugería entonces que la combustión parcial tal vez se habría debido a un fuego ritual de clausura, como los conocidos en numerosos monumentos colectivos neolíticos (Rojo y Kunst 2002). Así pues, las actividades desarrolladas durante el II milenio AC en los monumentos tumulares no habrían tenido carácter funerario, sino votivo. Tan vetustas arquitecturas se habrían convertido en santuarios, desligados del ámbito cotidiano y doméstico, y provistos de una lógica simbólica similar a la de los depósitos metálicos del Bronce Final (Delibes 2004: 227-228).

Hoy día, a la vista del testimonio de El Morcuero, nos atrevemos a aventurar que lo documentado en el Prado de las Cruces pudo responder efectivamente a un gesto desarrollado en el II milenio AC –y no a una limpieza posterior, y que pudo perfectamente tener lugar en la coraza tumular⁶, y no en la cámara dolménica. Pero, sobre todo, el tratamiento fúnebre de los restos esqueléticos –tanto en el Prado de las Cruces, como en El Morcuero–, presenta detalles de sufi-

ciente similitud –cremación parcial de cadáveres frescos, deposición en el encachado del túmulo, acompañamiento de vasijas decoradas con boquique (?)– como para comenzar a plantearnos si no responderán a un ritual compartido. Respecto al sentido de tales gestos, tal vez haya que plantearse de nuevo la interpretación de Delibes (2004), quien propugnaba su función votiva desarrollada en unos santuarios o lugares sacros. Parece ahora ganar peso su función funeraria –si bien no sería la pauta normativa–, dentro de unos rituales mal conocidos, donde lo sagrado y lo profano no serían facetas disociadas (Blanco González e.p.a).

El panorama del aspecto ritual de Cogotas I resulta hoy más polifacético y complejo que nunca. Se admite el carácter selectivo y excepcional de las inhumaciones en fosa (Blasco 1997a: 188) y se intuye el carácter heterogéneo del ritual, que incluiría también la circulación de restos humanos desmembrados. La presencia de cremaciones parciales de esqueletos humanos en Cogotas I comienza a no ser tan esporádica (Esparza *et al.* 2008: 169), tras el conocimiento de casos como el de Tres Chopos-Abarre en Villegas (Burgos). Allí unos hallazgos fuera de control, han permitido realizar el estudio antropológico de al menos tres individuos inhumados –los números 3, 4 y 5– cuyas osamentas presentaban una indudable exposición al fuego (Arnáiz y Montero 2007: 240-241). Con el testimonio presentado aquí, la hipótesis de la ofrenda de recipientes de estilo Cogotas I acompañando a cadáveres cremados parece ganar peso. En un ámbito geográfico más amplio, las regiones portuguesas del Minho y la Beira Alta registran en el Bronce Final un repunte de las incineraciones, si bien coexistiendo con la más frecuente inhumación, lo cual parece remitir a la existencia de cierta variedad de concepciones ideológicas sobre la muerte, reflejadas en los distintos tratamientos del cadáver (Bettencourt 2010: 161ss).

En definitiva, se constata cierta evolución cronológica y una rica variabilidad local. En efecto, la reutilización de monumentos tumulares parece ser una pauta circunscrita al occidente de la cuenca del Duero y propia sobre todo de una fase avanzada, dentro del Bronce

⁶ Como también parece testimoniar el depósito de cerámicas con boquique en el túmulo del sepulcro alavés de la Chabola de la Hechicera (Apellániz y Fernández Medrano 1978: 210-211).

Tardío/Final (Esparza 1990; Delibes 2004). El Bronce Medio o Protocogotas se caracterizaría por su continuidad con la tradición previa –como en tantos otros aspectos (Blanco González e.p.a)-, perpetuando comportamientos como la inhumación en fosa, mientras que en momentos tardíos asistimos a cambios de orden ritual con innegables lecturas sociales (Esparza *et al.* 2008: 169). Sobre todas estas cuestiones se viene articulando un ambicioso proyecto de investigación –mencionado páginas atrás- del cual se dispone ya de algún avance preliminar (Delibes *et al.* e.p.) y que sin duda contribuirá a despejar tan enmarañadas perspectivas.

Por lo que a nosotros corresponde, no podemos dejar de señalar un factor de relieve mostrado por la excavación de El Morcuero. Se trata de la propia identidad de la persona que recibió tan extraordinario y peculiar sepelio: se trata de una mujer joven, lo cual indudablemente tiene un gran interés de cara a profundizar en cuestiones sobre la organización social de Cogotas I. En el momento actual no disponemos de datos cuantitativos representativos de la muestra de la población cogotense, más allá de los señalados por Esparza (1990). Pero cabe intuir que la mujer cremada en El Morcuero recibiría una especial consideración social para quienes celebraron su ritual mortuario. Esto último resulta más relevante si consideramos que, en general, se plantea para el Bronce Final del noroeste peninsular una pérdida de importancia del cadáver como elemento simbólico, ya que la negociación social e identitaria parece transferirse al propio paisaje (Bettencourt 2010: 164-165). Efectivamente, parece que entre Cogotas I Pleno la muerte es ocultada y asociada a los contextos domésticos (Esparza 1990; Blasco 1997b; Díaz-del-Río 2001). Por ello, el caso de la mujer cremada en El Morcuero pudiera constituir un evento excepcional, pues su cadáver gana una relevancia inusitada, claramente fuera del comportamiento normativo que conocemos. Tal vez haya que incluir en este contexto el caso de la inhumación con exposición a un fuego del Cerro de la Cabeza, en las inmediaciones de Ávila (Fabián *et al.* e.p.). Allí, en una fosa circular excavada en la roca madre, dentro de un área utilizada desde el Neolítico Final, donde se mezclan estructuras negativas de toda la secuencia, apareció un enterramiento compuesto por dos individuos, uno masculino y otro femenino. El masculino se presentaba a través restos parcia-

les, como si hubiera sido incorporado desde otro sitio o estuviera primero en la fosa. El femenino, aunque carecía de algunos miembros, se encontraba prácticamente completo, portaba sendas pulseras de bronce lisas en las muñecas y había sido objeto de una cremación parcial. Entre la tierra del depósito se encontró un fragmento de campaniforme y otro de Cogotas I. ¿Estaremos, tal como plantea Bettencourt (2010: 165) ante uno de esos “cadáveres que ganan protagonismo como entidades sociales portando adornos en bronce”?, ¿se tratará de un nuevo episodio de trasgresión de las normas fúnebres?

Lo que ocurrió en el túmulo de El Morcuero a partir de ese momento es más difícil de averiguar. De época protohistórica serían los restos de la posible fíbula anular hispánica, de la que se ha encontrado un trozo del anillo y la aguja. Tal vez continuaba siendo un lugar simbólico en la memoria de las gentes de la zona, un emplazamiento que se visitaba o al menos se respetaba como testimonio de una tradición que tenía que ver con el pasado. No es la primera vez que se comprueban comportamientos similares, mediando incluso grandes diferencias temporales e ideológicas. Recuérdese, por ejemplo, las distintas pautas de reutilización de sepulcros megalíticos durante la Edad del Bronce (Mataloto 2007: 126-136); la Edad del Hierro (García Sanjuán 2005: 103-106), o el caso de los cromlechs y túmulos pirenaicos y su reutilización en la Edad Media para una incineración funeraria, como la de Urdanarre N 1 (Peñalver 2005: 302, 303 y 309). Esta tradición pudo irse diluyendo en el tiempo o conservar algún vínculo de tradición oral, si le concedemos la posibilidad de otra interpretación que la meramente casual a la medalla de plata de la Virgen de Santa María de Nieva hallada en la UE-2, es decir, entre la tierra que cubría la primera capa de piedras. No puede descartarse alguna remoción intencionada en época histórica, aunque en tal supuesto no parece haber afectado apenas al monumento. En ese tiempo el túmulo fue objeto de reconocimiento como hito o coto, testigo en el paisaje de un cometido olvidado, diluido quizá en el tiempo en forma de leyenda. Lo curioso es que fue conservado, bien por evitar el trabajo de su desmonte, o por el respeto que a veces infunde entre las poblaciones rurales el desmantelamiento de algo que han conocido “desde siempre”, aunque no se sepa muy bien la razón de su existencia.

7.- CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo hemos presentado los resultados de la investigación arqueológica desarrollada en el monumento de El Morcuero. Se trata de un caso de interés por haber proporcionado informaciones contextualizadas sobre dos grandes fases de la Prehistoria reciente y sus prácticas rituales y simbólicas. Por una parte, el testimonio viene a completar el panorama, bastante bien conocido, del fenómeno campaniforme. Por otro lado, ha podido documentarse un caso excepcional de cremación parcial y deposición selectiva de un individuo femenino relacionado con la cultura de Cogotas I.

La interpretación histórica y social del túmulo pasa por considerar, en primer lugar, el papel original del mismo como un hito, una referencia paisajística comprensible por su localización liminal, fuera del alcance directo de las pequeñas granjas que poblaron el Valle Amblés durante finales del III milenio AC (Fabián, 2006). En tal contexto histórico, el túmulo pudo destinarse tal vez, a la celebración de eventos intercomunitarios, que facilitarían la interacción entre las gentes de la zona, suavizando así los conflictos generados por la creciente apropiación exclusiva del valle. En este lugar se apelaría a lazos genealógicos y mitológicos como forma de cohesión social (Díaz del Río 2001: 250). Se trataría, en definitiva, de un hito que materializa una verdadera “apropiación del pasado” (Lorrio 2008: 423-425). En segundo lugar, la reutilización durante el II milenio AC de casos como El Morcuero podría inscribirse en el marco de apropiaciones simbólicas del paisaje, precisamente en los hitos tradicionales de marcación del mismo. En ellos lo votivo y lo funerario se integrarían, mediante el ritual de cremación –típicamente transformador (Macgregor 2008)- y la deposición secundaria de los restos de algunos personajes carismáticos. Durante la Edad del Bronce el lugar se encontraría sin duda en la memoria de las gentes de la zona, dotado de nuevos contenidos simbólicos, pero percibido como un sitio emblemático, ligado a los antepasados. Como ha recalcado recientemente Bettencourt (2010: 159) en el caso de El Morcuero podríamos estar ante “la necesidad de marcar el lugar de los muertos en territorios donde las fronteras son fluidas, volviéndose memoriales”. El monumento habría servido así como lugar de referencia a lo largo del tiempo,

como sede de las que Connerton (1989: 61-71) considera ‘ceremonias conmemorativas’, en las cuales el recuerdo del pasado (Bradley 2002) parece condicionar las prácticas de la Edad del Bronce.

El análisis de la evidencia arqueológica recuperada nos ha permitido apreciar las limitaciones de nuestros enfoques actuales. Disponemos de informaciones parciales, que no todas encajan de forma coherente en una interpretación global. Las hipótesis esbozadas no cuadran bien con todos los datos presentados y nos encontramos ante un típico caso de contradicción entre los datos empíricos y las teorías, ambos condicionados por los presupuestos de la investigación desarrollada (Hodder 1999: 30-65). En conjunto, los resultados presentados permiten intuir una trayectoria o “biografía” compleja, si bien ciertos detalles concretos se nos escapan, y requerirán de estudios específicos adicionales, que tal vez replanteen su comprensión desde nuevos ángulos.

8.- AGRADECIMIENTOS

Los autores desean mostrar su agradecimiento a Javier Velasco Vázquez por sus interesantes apreciaciones, y a Alejandra Sánchez Polo por su ayuda con la consulta bibliográfica.

9. BIBLIOGRAFÍA

- APELLÁNIZ, J. M. y FERNÁNDEZ MEDRANO, D.
1978 El sepulcro de galería segmentada de la Chabola de la Hechicera (Elvillar, Álava). Excavación y restauración. *Estudios de Arqueología Alavesa* 9, 141-221.
- ARNÁIZ ALONSO, M. A. y MONTERO GUTIÉRREZ, J.
2007 El registro funerario de Tres Chopos-Abarre (Villegas, Burgos). Problemática y Perspectivas en el estudio de las prácticas rituales de Cogotas I. *Férvedes* 5, 237-246.
- BENET, N. PÉREZ, R. y SANTONJA, M.
1997 Evidencias campaniformes en el valle Medio del Tormes. En P. Bueno Ramírez, y R. de Balbín (coord.): *II Congreso de Arqueología Peninsular*, Zamora, Vol. 2, 449-470.
- BEGUIRISTÁN GÚRPIDE, M. A. y VÉLAZ CIAURRIZ, D.
1999 Megaliticos, paisaje y memoria. Un estado de la cuestión. *Memoria y Civilización* 2: 317-327.
- BETTENCOURT, A. M. S.
2010 La Edad del Bronce en el Noroeste de la Península Ibérica: un análisis a partir de las prácticas funerarias. *Trabajos de Prehistoria* 67 (1), 139-173.

- BLANCO GONZÁLEZ, A.
2004 Reflections on prehistoric ritual-funerary manifestations in the south of the Duero Basin (Ávila, Spain). *Journal of Iberian Archaeology* 6, 49-60.
2008 Tendencias del uso del suelo en el Valle Amblés (Ávila, España). Del Neolítico al Hierro Inicial *Zephyrus* LXII (2), 101-123.
e.p.a Práctica social, memoria y ritual en Cogotas I. Esbozo teórico para un enfoque renovado. *Trabajos de Prehistoria* 68 (1).
e.p.b *Cambio cultural al sur del Duero (1800-400 cal AC). De los campos de hoyos a las aldeas desde un enfoque territorial*. BAR International Series. Archaeopress. Oxford.
- BLASCO BOSQUED, M. C.
1997a La Edad del Bronce en el interior peninsular. Una aproximación al II milenio a.C. en las cuencas de los ríos Duero y Tajo. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 24, 59-100.
1997b Manifestaciones funerarias de la Edad del Bronce en la Meseta. *Saguntum* 30, 173-190.
- BRADLEY, R.
1998 *The Significance of Monuments. On the Shaping of Human Experience in Neolithic and Bronze Age Europe*. Routledge. London.
2002 *The past in prehistoric societies*. Routledge. London.
2005 *Ritual and domestic life in prehistoric Europe*. Routledge. London.
- BUENO RAMÍREZ, P.; BARROSO BERMEJO, R.; BALBÍN BEHRMAN R. de; CAMPO MARTIN, M.; ETXEBERRÍA GABILONDO, F.; GONZÁLEZ MARTÍN, A.; HERRASTI EROLOGORRI, L.; JUAN TRE-SERRAS, J.; LÓPEZ GARCÍA, P.; LÓPEZ SÁEZ, J. A.; MATAMALA, J. C y SÁNCHEZ, B.
2002 Áreas habitacionales y funerarias en el Neolítico de la cuenca interior del Tajo: la provincia de Toledo. *Trabajos de Prehistoria* 59 (2), 65-79.
- BUENO RAMÍREZ, P.; BARROSO BERMEJO, R. y BALBÍN BEHRMAN, R.
2005 Ritual campaniforme, ritual colectivo: la necrópolis de cuevas artificiales del Valle de las Higueras (Huecas, Toledo). *Trabajos de Prehistoria* 62 (2), 67-90.
- CAMPILLO CUEVA, J.
1985 Memoria de las excavaciones realizadas en el término de Tablada de Rudrón (Burgos). El túmulo campaniforme de Tablada de Rudrón (Burgos). *Noticiero Arqueológico Hispano* 26, 7-86.
- CARMONA BALLESTERO, E.
2010 *Prestigio y emulación en espacios marginales: la cerámica campaniforme de Paulejas (Quintanilla del Agua, Burgos)*, Universidad de Burgos, Burgos.
- CHAPMAN, J.
2000 *Fragmentation in Archaeology: People, Places and Broken Objects in the Prehistory of South-Eastern Europe*. Routledge. London.
- CHAPMAN, J. y GAYDARSKA, B.
2007 *Parts and Wholes. Fragmentation in Prehistoric Context*. Oxbow Books. Oxford.
- CRIADO, F.; GIANOTTI, C. y VILLOCH, V.
2000 Los túmulos como asentamientos. En V. Jorge (coord.): *Neolitização e Megalitismo da Península Ibérica. Actas 3º Congreso de Arqueología Peninsular*, Porto, 289-302.
- CONNERTON, P.
1989 *How societies remember*. Cambridge University Press. Cambridge.
- DELIBES DE CASTRO, G.
1978 Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de Hornija (Valladolid). *Trabajos de Prehistoria* 35, 225-250.
2004 La impronta Cogotas I en los dólmenes del occidente de la cuenca del Duero o el mensaje megalítico renovado. *Mainake* XXVI, 211-231.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ESPARZA ARROYO, A. y VELASCO VÁZQUEZ, J.
e.p. Cogotas I y la muerte. En G. Delibes de Castro, J. Fernández Manzano y J. A. Rodríguez Marcos (eds.): *Cogotas I: una cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica*. Universidad de Valladolid, Valladolid.
- DELIBES DE CASTRO, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J.
2000 La trayectoria cultural de la Prehistoria Reciente (6400-2500 BP) en la Submeseta Norte española: principales hitos de un proceso. En V. Jorge (coord.): *Actas 3º Congreso de Arqueología Peninsular, vol IV, Pré-História Recente da Península Ibérica*, Porto, 95-122.
- DELIBES DE CASTRO, G y SANTONJA GÓMEZ, M.
1986 *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca*, Salamanca.
- DEMARRAIS, E.; CASTILLO, L. y EARLE, T.K.
1996 Ideology, Materialization and Power Strategies. *Current Anthropology* 37, 15-31.
- DEVLIN, J. B. y HERRMANN, N. P.
2008 Bone color as an Interpretive Tool of the Depositional History of Archaeological Remains, en C. W. Schmidt y S. A. Symes: *The Analysis of Burned Human Remains*. Academic Press, London, 109-128.
- DÍAZ DEL RÍO ESPAÑOL, P.
2001 *La formación del paisaje agrario: Madrid en el III y II milenios BC*. Arqueología, Paleontología y Etnografía, 9, Madrid.
- ESPARZA ARROYO, A.
1990 Sobre el ritual funerario de Cogotas I. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* LVI, 105-143.
- ESPARZA, A.; DELIBES, G.; RAMOS, P.; SALVADOR, M. y VELASCO, J.
2008 Una nueva sepultura del grupo Cogotas I en "El Juncal" (Villaralbo, Zamora), *Zephyrus* LXI, 155-175.
- ESTREMERA PORTELA, M.^a S. y FABIÁN GARCÍA, J. F.
2002 El túmulo de la Dehesa de Río Fortes (Mironcillo, Ávila): primera manifestación del Horizonte Rechaba en la Meseta Norte. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología* LXVIII, 9-48.

- FABIÁN GARCÍA, J. F.
 1992 El enterramiento campaniforme del Túmulo 1 de Aldeagordillo (Ávila). *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología* LVII, 97-132.
 1995 *El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce en la Meseta Norte. El enterramiento colectivo en fosa de El Tomillar (Bercial de Zapardiel, Ávila) en el marco cultural de la Prehistoria reciente en el Sur de la Meseta Norte*. Estudios Históricos y Geográficos, 93. Universidad de Salamanca. Salamanca.
 1997 *El dolmen del Prado de las Cruces (Bernuy-Salineru. Ávila)*. Memorias. Arqueología en Castilla y León 5. Junta de Castilla y León. Zamora.
 2006 *El IV y III milenio AC en el Valle Amblés (Ávila)*. Monografías 5. Junta de Castilla y León. Salamanca.
- FABIÁN GARCÍA, J. F.; STRATO y BLANCO GONZÁLEZ, A.
 (e.p.) El enterramiento en fosa del Cerro de la Cabeza (Ávila). La cuestión funeraria en el Bronce Final/Hierro I en el suroeste de la Meseta Norte. *Homenaje a M^{ra}. Dolores Fernández-Posse*.
- GARCÍA SANJUÁN, L.
 2005 Las piedras de la memoria. La *permanencia* del megalitismo en el Suroeste de la Península Ibérica durante el II y I milenios ANE. *Trabajos de Prehistoria* 62 (1), 85-109.
- GARRIDO PENA, R.
 2000 *El Campaniforme en la Meseta Central de la Península Ibérica (c. 2500-2000 A.C.)*, British Archaeological Reports, Oxford.
- GOLDHAHN, J.
 2008 From Monuments in Landscape to Landscapes in Monuments: Monuments, Death and Landscape in Early Bronze Age Scandinavia. En A. Jones (ed.): *Prehistoric Europe. Theory and Practice*, Wiley-Blackweell, Oxford, 56-85.
- GÓMEZ GARCÍA, J. y SANZ RUIZ, P.
 1994 Valdeprados (Aldea del Rey, Ávila). Un nuevo enterramiento en la submeseta Norte. *Cuadernos Abulenses*, 21, Enero-Junio 1994, 81-116.
- HANKS, B.
 2008 The Past in Later Prehistory. En A. Jones (ed.): *Prehistoric Europe. Theory and Practice*, Wiley-Blackweell, Oxford, 255-284.
- HERRERO MATÍAS, M.
 1996 *La Sierra de Ávila. Geomorfología del área de contacto del Sistema Central con la Cuenca del Duero entre los ríos Adaja y Tormes*, Institución Gran Duque de Alba, Ávila.
- HODDER, I.
 1999 *The Archaeological Process. An Introduction*. Blackwell, Oxford.
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. y KERMOVANT, A.
 2008 El túmulo de las Vegas de Samburiel (El Boalo) y la cuestión del megalitismo en la Comunidad de Madrid, *Cuadernos de Estudio*, 22, 24-36.
- LANTING, J. N. y BRINDLEY, A. L.
 1999 Fechando hueso cremado: la base científica, *Trabajos de Prehistoria* 56 (2), 137-140.
- LAST, J.
 1998 Books of Life: Biography and Memory in a Bronze Age Barrow. *Oxford Journal of Archaeology* 17 (1), 43-53.
- LÓPEZ PLAZA, E. S.
 1984 Coto Alto, La Tala (Salamanca): nuevo yacimiento con cerámica campaniforme y de Boquique en la Meseta Norte española. *Arqueología* (GEAP) 9, 59-65.
- LÓPEZ SÁEZ, A.
 2006 Estudio arqueopalinológico de El Morcuero. En Fabián García, J. F.: *El IV y III milenio AC en el Valle Amblés (Ávila)*. Monografías 5. Junta de Castilla y León. Salamanca, 335-336.
- LORRIO ALVARADO, A. J.
 2008 *Qurénima. El Bronce Final en el Sureste de la Península Ibérica*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- LORRIO ALVARADO, A. J. y MONTERO RUIZ, I.
 2004 Reutilización de sepulcros colectivos en el Sureste de la Península Ibérica: la Colección Siret. *Trabajos de Prehistoria* 61 (1), 99-116.
- MACGREGOR, G.
 2008 Elemental bodies: the nature of transformative practices during the late third and second millennium BC in Scotland. *World Archaeology* 40 (2), 268-280.
- MATALOTO, R.
 2007 Paisagem, memória e identidade: tumulações megalíticas no pós-megalitismo alto-alentejano. *Revista Portuguesa de Arqueologia* 10 (1), 123-140.
- MIZOGUCHI, K.
 1993 Time in the Reproduction of Mortuary Practices. *World Archaeology* 25 (2), 223-235.
- MORÁN, C.
 1931 *Excavaciones en los dólmenes de Salamanca*. Memoria de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades 113, Madrid.
 1935 *Excavaciones en dólmenes de Salamanca y de Zamora*. Memoria de la Junta Superior del Tesoro Artístico 135, Madrid.
- MORENO GALLO, M. A.
 2004 *Megalitismo y Geografía*. Universidad de Valladolid y Diputación Provincial de Burgos. Valladolid.
- PARCERO OUBIÑA, C.
 1998 *La Arqueología en la Gasificación de Galicia 3: Excavación del Túmulo nº 3 del Alto de San Cosme*. TAPA 5. Santiago de Compostela.

PEÑALVER, X.

2005 *Los cromlechs pirenaicos. Bolskan. Revista de Arqueología Oscense*, 22. (Número monográfico). Huesca.

PRADA, M^a. E.

1997 Estudio antropológico de los restos humanos procedentes del dolmen del Prado de las Cruces (Bernuy-Salineru, Ávila), en J. F. Fabián, *El dolmen del Prado de las Cruces (Bernuy-Salineru. Ávila)*. Memorias. Arqueología en Castilla y León, 5. Zamora, 127-133.

ROBLEDO, B. y TRANCHO, G. J.

2003 *Estudio antropológico de los restos incinerados del túmulo de El Morcuero (Gemuño, Ávila)*. Documento inédito.

RODRÍGUEZ MARCOS, J. A.

2007 *Estudio secuencial de la Edad del Bronce en la Ribera del Duero (provincia de Valladolid)*. Arqueología en Castilla y León 7. Junta de Castilla y León. Valladolid.

ROJO GUERRA, M. A.

1989 El túmulo prehistórico del 'Paso de la Loba' (Huidobro, Burgos). *Trabajos de Prehistoria* 46, 99-116.

ROJO-GUERRA, M. A.; GARRIDO-PENA, R. y GARCÍA-MARTÍNEZ DE LAGRÁN, I.

2006 Un peculiar vaso campaniforme de estilo marítimo del túmulo de La Sima, Miño de Medinaceli (Soria, España): reflexiones en torno a las técnicas decorativas campaniformes y los sistemas de intercambios a larga distancia. *Trabajos de Prehistoria* 63 (1), 133-147.

2008 Everyday Routines or Special Ritual Events? Bell Beakers in Domestic Contexts of Inner Iberia. En M. Baioni, V. Leonini, D. Lo Vetro, F. Martini, R. Poggiani Keller y L. Sarti (eds.): *Bell Beaker In Everyday Life*. Proceedings of the 10th Meeting "Archéologie et Gobelets" (May 12-15, 2006). Museo Fiorentino di Preistoria 'Paolo Graziosi'. Firenze, 321-326.

ROJO, M. A.; GARRIDO, R.; MORÁN, G. y KUNST, M.

2004 El Campaniforme en el Valle de Ambrona (Soria, España): dinámicas de poblamiento y aproximación a su contexto social, en M. Besse y J. Desideri: *Graves and Funerary Rituals during the Late Neolithic and the Early Bronze Age in Europe (2700-2000 BC)*, BAR 1284, Oxford, 5-13.

ROJO, M. A. y KUNST, M. (eds.)

2002 *Sobre el significado del fuego en los rituales funerarios del Neolítico*. Studia Archaeologica 91, Salamanca.

ROJO, M. A.; KUNST, M.; GARRIDO, R.; GARCÍA, I. y MORÁN, G.

2005 *Un desafío a la eternidad: Tumbas monumentales en el Valle de Ambrona*. Arqueología en Castilla y León 14. Junta de Castilla y León. Soria.

WILLIAMS, H. (ed.)

2003 *Archaeologies of Remembrance: Death and Memory in Past Societies*. Kluwer Academic. New York.